

NEWMANIANA

AÑO XXI - NÚMERO 57

DICIEMBRE 2011



Beato John Henry Newman

Ex umbris et imaginibus in veritatem

Publicación de Amigos de Newman en la Argentina

NEWMANIANA



Año XXI - N° 57
Diciembre 2011

Director

Mons. Fernando María Cavaller

Consejo de Redacción

Dra. Inés de Cassagne
Dr. Jorge Ferro
Lic. Pablo Marini

Diseño pre prensa

Pm Desarrollos Editoriales

Impresión

Gráfica LAF

NEWMANIANA
(ISSN 0327-5876)
es una publicación cuatrimestral.

Registro Nacional de la
Propiedad Intelectual N° 237.216

Propiedad de Fernando María Cavaller

Dirección: Paraná 787 - Martínez
Pcia. Buenos Aires República Argentina
www.amigosdenewman.com.ar
fmcavaller@uolsinetis.com.ar

Índice

EDITORIAL

- El papa Benedicto XVI siguió hablando de Newman después de la beatificación.....2

SERMÓN

- El lapso del tiempo.....5

JORNADA INTERNACIONAL

- La influencia personal..... 10

SERMÓN

- El tiempo de Epifanía20

JORNADAS EN MONTEVIDEO

- Newman, doctor en la verdad de Cristo y de la Iglesia25

POESÍA

- Candelaria (traducción Jorge Ferro).....36

PRIMER ANIVERSARIO DE LA BEATIFICACIÓN

- Newman y “La idea de una universidad”.....37

ANTOLOGÍA

- Textos para Navidad47

ORACIÓN PARA PEDIR LA CANONIZACIÓN

Padre eterno, Tú llevaste al Beato John Henry Newman por el camino de la luz amable de tu Verdad, para que pudiera ser una luz espiritual en las tinieblas de este mundo, un elocuente predicador del Evangelio y un devoto servidor de la única Iglesia de Cristo.
Confiados en su celestial intercesión, te rogamos por la siguiente intención: [pedir aquí la gracia].
Por su conocimiento de los misterios de la fe, su celo en defender las enseñanzas de la Iglesia, y su amor sacerdotal por sus hijos, elevamos nuestra oración para que pronto sea nombrado entre los Santos.
Te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

El papa Benedicto XVI siguió hablando de Newman después de la beatificación

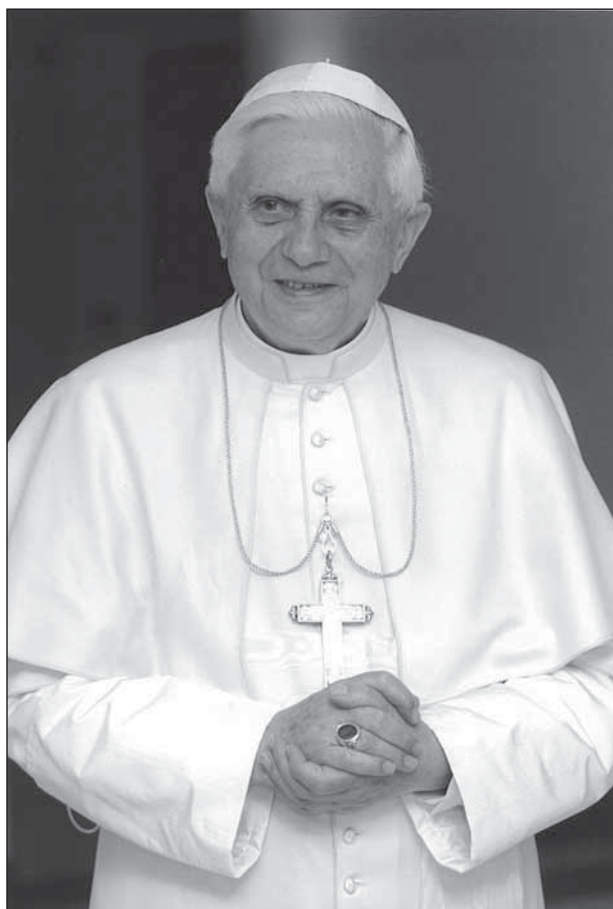
El eco de la beatificación de Newman continúa en los mismos labios del Papa. Al finalizar este año 2011, recogemos también nosotros ese eco y ofrecemos aquí las dos oportunidades (al menos esas son las que conocemos) en las cuales el Santo Padre ha vuelto una vez más sobre la figura del beato John Henry Newman.

En el **Discurso a la Curia romana en la tradicional audiencia para el intercambio de felicitaciones de la Navidad** (L'Osservatore Romano, ed. española, año XLII, nº52, 26 de diciembre de 2010, pp 7-8)

“Por último, quiero recordar ahora la beatificación del cardenal John Henry Newman. ¿Por qué ha sido beatificado? ¿Qué nos puede decir? A estas preguntas se pueden dar muchas respuestas, que se ha desarrollado en el contexto de la beatificación. Quiero destacar solamente dos aspectos que van unidos y, en el fondo, expresan lo mismo. El primero es que debemos aprender de las tres conversiones de Newman, porque son pasos de un camino espiritual que a todos nos afecta. Aquí sólo quiero poner de relieve la primera conversión: la de la fe en Dios vivo. Hasta aquel momento, Newman pensaba, como la media de los hombres de su tiempo y también de hoy, que simplemente no excluye la existencia de Dios, sino que la considera en todo caso como algo

incierto, que no desempeña un papel esencial en la propia vida. Para él, como para los hombres de su tiempo y del nuestro, lo que aparecía como verdaderamente real era lo empírico, lo que se puede percibir materialmente. Esta es la “realidad” según la cual nos orientamos. Lo “real” es lo tangible, lo que se puede calcular y tomar con la mano. En su conversión, Newman reconoce que las cosas están precisamente al revés: que Dios y el alma, el ser mismo del hombre a nivel espiritual, constituye aquello que es verdaderamente real, lo que vale. Son mucho más reales que los objetos que se pueden tocar. Esta conversión significa un giro copernicano. Aquello que hasta el momento parecía irreal y secundario se revela como lo verdaderamente decisivo. Cuando se produce una conversión semejante, no cambia simplemente una teoría, cambia la forma fundamental de la vida. Todos tenemos siempre necesidad de esa conversión: entonces estamos en el camino justo.

La conciencia era la fuerza motriz que impulsaba a Newman en el camino de la conversión. ¿Pero qué se entiende con eso? En el pensamiento moderno, la palabra “conciencia” significa que en material de moral y de religión, la dimensión subjetiva, el individuo, constituye la última instancia de la decisión. Se divide al mundo en el ámbito de lo objetivo y de lo subjetivo. A lo objetivo pertenecen las cosas que



se pueden calcular y verificar por medio de un experimento. La religión y la moral escapan a estos métodos y, por tanto, se consideran como ámbito de lo subjetivo. Aquí, en último término, no hay criterios objetivos. La última instancia decisiva sería, por consiguiente, sólo el sujeto, el individuo con sus intuiciones y experiencias. La concepción que Newman tiene de la conciencia es diametralmente opuesta. Para él “conciencia” significa la capacidad de verdad del hombre: la capacidad de reconocer en los ámbitos decisivos de su existencia, religión y moral, una verdad, **la** verdad. La conciencia, la capacidad del hombre para reconocer la verdad, le impone al mismo tiempo el deber de encaminarse hacia la verdad, de buscarla

y de someterse a ella allí donde la encuentre. Conciencia es capacidad de verdad y obediencia en relación a la verdad, que se muestra al hombre que busca con corazón abierto. El camino de las conversiones de Newman es un camino de la conciencia, no un camino de la subjetividad que se afirma, sino, por el contrario, de la obediencia a la verdad que paso a paso se le abría. Su tercera conversión, al catolicismo, le exigía abandonar casi todo lo que le era querido y apreciado: sus bienes y su profesión; su título académico, sus vínculos familiares y muchos amigos. La renuncia que le pedía la obediencia a la verdad, su conciencia, iba más allá. Newman fue siempre consciente de que tenía una misión para Inglaterra. Pero en la teología católica de su tiempo, su voz difícilmente podía ser escuchada. Era demasiado extraña con relación al estilo dominante del pensamiento teológico y también de la piedad. En enero de 1863 escribió en su diario estas frases conmovedoras: “Como protestante, me parecía mísera mi religión, pero no mi vida. Y ahora, de católico, es mísera mi vida, pero no mi religión”. Aún no había llegado la hora de su eficacia. En la humildad y en la oscuridad de la obediencia, él esperó hasta que su mensaje fuera utilizado y comprendido. Para sostener la identidad entre el concepto que Newman tenía de conciencia y la moderna comprensión subjetiva de la conciencia, se suele hacer referencia a aquellas palabras suyas, según las cuales –en el caso de tener que pronunciar un brindis–, él habría brindado antes por la conciencia y después por el Papa. Pero en esta afirmación, “conciencia” no significa la obligatoriedad última de la intuición subjetiva. Es expresión del carácter accesible y de la fuerza vinculante de la verdad: en esto se funda su primado. Al Papa se le puede dedicar el segundo brindis, porque su tarea es exigir obediencia con respecto a la verdad”.

En el **Discurso al nuevo embajador de Gran Bretaña ante la Santa Sede, Nigel Marcus Baker**, en la presentación de sus credenciales, el 11 de septiembre de 2011 (L'Osservatore Romano, ed. española, año XLIII, n°38, 18 de septiembre de 2011, p.4)

“Quiero comenzar mi observaciones reiterando mi gratitud al pueblo británico por la calurosa acogida que me reservó durante mi estancia. Su Majestad y Su Alteza Real, el duque de Edimburgo, me recibieron de la manera más afable y me complació encontrar a los responsables de los tres principales partidos políticos y de tratar con ellos cuestiones de mutuo interés. Como sabe, un motivo particular de mi visita fue la beatificación del cardenal John Henry Newman, un gran inglés que admiro desde hace muchos años y cuya elevación a los honores de los altares fue el cumplimiento de un deseo personal. Estoy convencido de la importancia de las ideas de Newman acerca de la sociedad, porque, actualmente, Reino

Unido, Europa y Occidente en general afrontan desafíos que él identificó con notable claridad profética. Espero que una renovada conciencia de sus escritos traerá nuevos frutos entre quienes buscan soluciones a los problemas políticos, económicos y sociales de nuestra época”.

Queridos Amigos de Newman en Argentina, desde estas páginas de “NEWMANIANA” nos hemos dejado guiar por la vida y el pensamiento de nuestro amado cardenal desde hace más veinte años, pero desde el año pasado tenemos también la convicción de que al hacerlo estamos al mismo tiempo en sintonía con el pensamiento de nuestro Papa. Recemos por sus intenciones, salud y santificación, para que el Señor le fortalezca para seguir iluminando a la Iglesia y al mundo.

Feliz Navidad y Feliz Año 2012 para todos

**AGRADECEMOS SU
COLABORACIÓN GENEROSA
SIN LA CUAL NO SERIA POSIBLE
NUESTRA PUBLICACIÓN**

PPS VII, 1, pp.1-12.

predicado en Santa María Virgen, Oxford, el 1° de enero de 1832.

El lapso del tiempo

Sermón de Año Nuevo

TRADUCCIÓN **FERNANDO M. CAVALLER**

*Cualquier cosa que esté a tu alcance hacer, hazla según tus fuerzas,
porque no existirán obras, ni razones, ni ciencia, ni sabiduría,
en la tumba a donde te encaminas.*
(Eclesiastés 9,10)

El consejo de Salomón¹ de que nosotros deberíamos hacer todo lo que encontramos a mano con nuestra fuerza, dirige naturalmente nuestros pensamientos hacia esa gran obra en la cual todos los demás están incluidos, que sobrevivirá a todas las otras obras, y solamente para la cual estamos realmente aquí abajo: la salvación de nuestras almas. Y la consideración de esta gran labor, que debe ser hecha con todas nuestras energías y completada antes de la sepultura hacia donde vamos, se presenta a nuestra mente con especial fuerza al comienzo de este nuevo año.

Estamos ahora entrando en una nueva etapa del viaje de nuestra vida. Sabemos bien cómo terminará y vemos dónde nos pararemos al atardecer, pero no vemos el camino. Y sabemos en qué reside nuestro negocio mientras viajamos, y que es importante para nosotros hacerlo con nuestras “fuerzas, porque no existirán obras ni razones, ni ciencia, ni sabiduría, en la tumba”. Es esto tan claro que no es necesario decir nada para convencernos de que es verdad. Lo sabemos bien. La misma queja que muchos hacen común-

mente cuando se les dice esto es que ya lo saben, que no es nada nuevo, que no necesitan que se les diga, que es fastidioso escuchar la misma cosa una y otra vez e impertinente la persona que lo repite. Sí, de este modo los pecadores silencian su conciencia: riñendo con aquellos que apelan a ella, defendiéndose a sí mismos, si puede llamarse defensa, alegando que ya saben lo que deben hacer y lo que no, que saben perfectamente bien que están viviendo lejos de Dios y en peligro de eterna ruina, que saben que se están haciendo hijos de Satán y rechazando al Señor que los rescató, y no quieren que nadie se los diga. Así es como testifican contra ellos mismos.

Sin embargo, aunque sabemos ya suficientemente que hemos de hacer mucho antes de morir, si queremos prestar atención, puede ser útil meditar la cuestión, porque pensando sensata y seriamente es posible que podamos obtener alguna convicción profunda, con la gracia de Dios. Porque mientras nos mantengamos en términos generales y confesemos que esta vida es importante y es breve del modo sumario en que comúnmente lo confiesan las personas, no tendremos, en el sentido estricto de la palabra, ningún conocimiento de esa gran verdad.

Considerad, entonces, qué es morir: “no exis-

¹ NT: La ficción literaria del Eclesiastés, uno de los libros sapienciales del Antiguo Testamento, identifica al autor con Salomón, el sabio por excelencia.

tirán obras, ni razones, ni ciencia, ni sabiduría, en la tumba”. La muerte pone fin absoluta e irrevocablemente a todos vuestros planes y trabajos, y es inevitable. El salmista se dirige a “plebeyos y nobles, ricos y pobres”, diciendo que “nadie podrá librarse a sí mismo, ni dar a Dios un rescate”, que “los sabios mueren, igualmente perecen el insensato y el necio, dejando sus riquezas a extraños” (Sal 49, 2-11). Por muy difícil que encontremos comprender y darnos cuenta de esto, tan seguramente como estamos reunidos aquí, cada uno de nosotros será llevado al lecho de la muerte, tarde o temprano. Naturalmente retrocedemos ante el pensamiento de la muerte y sus circunstancias correspondientes, pero todo lo que es odioso y temible acerca de ella se cumplirá en nuestro caso, uno por uno.

Pero todo esto es nada comparado con las consecuencias que implica. La muerte nos detiene, detiene nuestra carrera. Los hombres están ocupados en sus trabajos o en sus placeres, están en la ciudad o en el campo, pero de todas formas son detenidos, sus acciones son recogidas súbitamente, se hace le recuento, todo es sellado hasta el gran día. ¡Qué cambio es este! Usando las palabras que se dicen familiarmente al hablar de la muerte: no están más. Estaban llenos de ideas y proyectos; sea en una posición más elevada o más humilde, tenían sus esperanzas y sus temores, sus expectativas, sus propósitos, sus rivalidades, pero todo esto ha llegado ahora a su fin. Uno construye una casa, y el techo no está terminado; otro compra mercadería, y aún no la ha vendido. Y todas las virtudes y cualidades agradables que les granjeaban las simpatías de sus amigos han desaparecido, en lo que concierne a este mundo. ¿Dónde están los que eran tan activos, tan sanguíneos, tan generosos? ¿Dónde están los afables, los modestos, y los bondadosos? Se nos dice que han muerto. Desaparecieron de repente. Es lo único que sabemos al respecto. Han sido llevados de nuestro lado silenciosamente, ya no se encuentran en la silla de los ancianos, ni en las asambleas del pueblo, ni en la variada concurrencia de los hombres, ni en el retiro doméstico

que apreciaban. Tal como lo describe la Escritura, “el viento ha pasado sobre ellos, y ellos se han ido, y su lugar no los conocerá jamás”. Han roto los lazos que los sostenían, eran padres y madres, hermanos y hermanas, hijos y amigos, pero el vínculo de parentesco está roto, y se perdido el cordón de plata del amor. Les han seguido vehementes lágrimas de pena y el largo dolor de corazones afligidos, pero ellos no regresan, no responden, ni siquiera satisfacen nuestro deseo de saber que se duelen por nosotros como nosotros por ellos. Hablamos de ellos desde entonces como si fueran personas que no conocemos, como terceras personas, aunque solían estar siempre con nosotros y cada pensamiento nuestro era compartido por ellos. O quizás, si nuestro dolor es demasiado profundo, nunca mencionamos sus nombres. Y sus posesiones también cayeron en manos de otros.

El mundo sigue sin ellos, y los olvida. Sí, así es. El mundo se las ingenia para olvidar que los hombres tienen almas, y los mira a todos meramente como partes de algún gran sistema visible, que sigue andando, y al cual atribuye una suerte de vida y personalidad. Cuando uno u otro de sus miembros muere, los considera solamente como cayendo del sistema y en la nada. Por un minuto, quizás, piensa de ellos con pena, y luego los deja para siempre. Mantiene su ojo en las cosas visibles y temporales. Verdaderamente, cuando un hombre muere, rico o pobre, un alma inmortal pasa al juicio, pero sucede que leemos acerca de las muertes de personas que hemos visto o escuchado hablar de ellas, y esa reflexión nunca nos llega. De este modo, como el mundo realmente desecha las almas de los hombres y reconoce sólo sus cuerpos, hace que parezca que “el hombre y la bestia tienen la misma suerte: muere el uno como la otra, y ambos tienen el mismo aliento de vida, de modo que en nada aventaja el hombre a la bestia, pues todo es vanidad” (Eclesiastés 3,19).

Pero sigamos la trayectoria de un alma así quitada del mundo, y desechada por él. Sigue adelante como un extranjero de viaje. El hombre parece morir y no existir más, cuando en realidad

nos está dejando para comenzar a vivir. Luego contempla cosas que antes su mente ni siquiera podía concebir, y el mundo es para él menos que lo que él es para el mundo. Hace un instante yacía en el lecho de la enfermedad, y ¡qué cambio tremendo llegó sobre él en ese momento de la muerte! ¡Qué crisis para él! Hay quietud en la habitación que ocupó últimamente, nada se hace allí, porque él se ha ido, pertenece ahora a otros. Pertenece enteramente al Señor que le redimió, a El ha regresado, pero si debe ser alojado seguramente en Su lugar de esperanza, o encarcelado para el gran Día, ese es otro asunto que depende de las acciones realizadas en el cuerpo, buenas o malas. ¿Y cuáles son ahora sus pensamientos? ¡Qué infinitamente importante aparece el valor del tiempo, ahora que no existe para él! Pues aunque estuviera siglos esperando a Cristo, ahora no puede alterar su estado de malo a bueno, o de bueno a malo. Lo que era cuando murió eso debe ser para siempre, como el árbol caído que así debe yacer. Este es el consuelo del verdadero siervo de Dios y la miseria del transgresor. Su suerte está echada de una vez y para siempre, y no puede sino aguardar en la esperanza o en el temor. Los hombres en sus lechos de muerte han dicho que nadie puede hacerse una idea recta del valor del tiempo hasta que está por morir. ¡Pero si esto es verdad, cuánto más verdadero será después de la muerte! ¡Qué estima tendremos del tiempo mientras estemos esperando el juicio! Sí, nosotros. Todo esto, repito, nos pertenece muy íntimamente. No debe ser mirado como una pintura, como un hombre puede leer un libro liviano en su tiempo libre. Nosotros debemos morir, los más jóvenes, los más saludables, los más irreflexivos. Nosotros debemos ser antinaturalmente desgarrados en dos, el alma del cuerpo, y unidos nuevamente sólo para ser más felices o más miserables para siempre.

Tal es la muerte considerada en su necesidad inevitable y su inexplicable importancia, que no podemos asegurarnos ningún intervalo cierto antes que llegue. ¡El tiempo puede ser largo!, pero puede ser también corto. Es simple: un

hombre puede morir cualquier día. Todo lo que podemos decir es que es improbable que vaya a morir. Pero de esto, al menos, estamos seguros: que tarde o temprano la muerte está continuamente en marcha hacia nosotros. Siempre estamos cada vez más cerca de ella. Cada mañana que nos levantamos estamos más cerca de lo que estábamos de la tumba en la que no hay ni obras ni razones. Ahora estamos más cerca de la tumba que cuando entramos a esta iglesia. De este modo, la vida está siempre desmoronándose debajo nuestro. ¿Qué le diríamos a un hombre parado en algún precipicio que está temblando bajo sus pies, y le da cada vez menos seguridad, pero él no está atento? ¿O qué le diríamos a uno que permite que un precioso licor se derrame de su envase en la vía pública, sin pensar siquiera en pararlo, y mira sin importarle cómo de desperdicia cada vez más, minuto a minuto? ¿Pero qué tesoro puede igualar al tiempo? Es la semilla de la eternidad, pero nos permitimos seguir adelante, año tras año, usándolo apenas en el servicio de Dios, o pensando que es suficiente darle una décima o una séptima parte, mientras sembramos vigorosa y cordialmente en la carne, de la cual cosecharemos corrupción. Tratamos de calcular el mínimo seguro para dar a la religión, en vez de tener la gracia para dar abundantemente.

“Arroyos de lágrimas bajan de mis ojos, por los que no cumplen Tu voluntad”, dice el santo salmista (Sal 118, 136). Sin duda, un profeta inspirado vio mucho más claro que nosotros la locura de los hombres malgastando ese tesoro en el pecado cuando es para comprar su bien principal. Y si es así, ¿cómo aparecerá esta locura a la vista de Dios! ¿Qué inveterada malignidad está en el corazón de los hijos de los hombres, que les lleva a sentarse para comer, y beber, y levantarse para jugar, cuando el tiempo se acelera y llega el juicio? Se nos ha dicho lo que El piensa de la incredulidad de los hombres, pero no podemos entrar en las profundidades de Sus pensamientos. Nos lo manifestó con hechos, tanto como podíamos recibirlo, cuando El envió a Su Hijo Unigénito al mundo y a este tiempo para redimirnos del

mundo, y ciertamente no fue hecho a la ligera. Y también aprendimos Sus pensamientos acerca de ello por las palabras de ese Hijo misericordioso, y ciertamente no fueron dichas a la ligera: “los malvados irán al castigo eterno” (Mt 25, 41-46).

¡Oh, si hubiera en nosotros un corazón tal que temiéramos a Dios y guardáramos sus mandamientos siempre! Pero no sirve hablar; los hombres conocen su obligación y no querrán hacerla. Dicen que no necesitan o no quieren que se les diga, que es una intrusión y una descortesía hablarles de la muerte y del juicio. Pero así debe ser, y nosotros, que tenemos que hablarles, debemos someternos a esto. Debemos hablar como un acto de obediencia a Dios, quieran o no escuchar, y debemos dejar nuestras palabras como testimonio. No tenemos otros medios para conmoverlos. Hablamos desde Cristo, nuestro misericordioso Señor y redentor de ellos, que les ha perdonado libremente, aunque no quieren seguirle con verdadero corazón. ¿Y qué más podemos hacer?

Otro año se abre ahora ante nosotros. Habla a los que piensan y es escuchado por aquellos que tienen oídos expectantes y aguardan la venida de Cristo. El año pasado se fue, está muerto, yace en la tumba del tiempo pasado, no sin embargo para decaer o ser olvidado, sino mantenido ante la mirada de la omnisciencia de Dios, con todos sus pecados y errores irrevocablemente escritos, hasta que, al final, sea evocado nuevamente para testificar sobre nosotros en el último día. ¿Y quién de nosotros puede soportar el pensamiento de sus propios actos a lo largo del mismo? Todo lo que ha sido dicho y hecho, todo lo que ha sido concebido en la mente, o realizado de acuerdo a ello, y todo lo que no ha sido dicho o hecho, lo que era un deber decir o hacer. Qué panorama horrible parece estar ante nosotros, cuando meditamos la solemne palabra de verdad que nos garantiza, en la última y más tremenda revelación que Dios nos ha hecho acerca del futuro, que en ese día los libros se abrirán y luego se abrirá “otro libro, que es el de la vida, y los muertos fueron juzgados según lo escrito en los libros, conforme a sus obras” (Apocalipsis 20,12) ¡Qué

daría un hombre, cualquiera de nosotros, que tuviese alguna percepción real de su estado sucio y miserable, qué daría por arrancar algunas de las páginas allí preservadas! ¡Pues qué atroces son los pecados escritos allí! Pensad en la multitud de pecados cometidos desde que conocimos la diferencia entre el bien y el mal. Los hemos olvidado, pero allí podremos leerlos claramente registrados. Bien podía exclamar David, “no te acuerdes de los pecados ni de las maldades de mi juventud; acuérdate de mí con misericordia, por tu bondad, Señor” (Sal 24,7). Considerad también la multitud de pecados que han crecido en nosotros hasta ser parte de nosotros, y en los cuales vivimos ahora, sin saber, o sabiendo parcialmente, que son pecados: hábitos de orgullo, confianza en sí mismo, presunción, hosquedad, impureza, pereza, egoísmo, mundaneidad. La historia de todo esto, su comienzo y su crecimiento, está recogida en esos libros espantosos. Y cuando miramos hacia el futuro, ¡cuántos pecados habremos cometido desde ahora al año que viene, aunque tratamos siempre tanto de conocer nuestro deber y vencernos a nosotros mismos! Más aún, ¿tendremos la oportunidad de obedecer o desobedecer a Dios por un año más? ¿Quién sabe si por ese tiempo nuestra cuenta no puede cerrarse para siempre?

“Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino” (Lc 23,42). Tal fue la oración del ladrón penitente en la cruz, tal debe ser la nuestra. ¿Quién puede hacernos algún bien sino Él, que será también nuestro Juez? Cuando se nos cruzan pensamientos horribles acerca de nosotros mismos y nos afligen, todo lo que tenemos para decir es “acuérdate de mí”. No tenemos “obras ni razones ni ciencia ni sabiduría” propias para mejorarnos además. No podemos decir nada a Dios en defensa nuestra, sólo podemos reconocer que somos lamentables pecadores y dirigirnos a Él como suplicantes, pidiéndole sólo que nos recuerde en su misericordia, que por su Hijo nos haga algún favor, no de acuerdo a nuestras deserciones, sino por el amor de Cristo. Cuanto más tratemos de servirle aquí, mejor; pero después de



Cristo Pantocrátor con el Libro de la Vida. Tímpano de la abadía de san Pedro de Moissac (Francia), Anónimo, siglo XII, románico.

todo, en la medida en que no alcanzamos lo que debiéramos ser, que contamos solamente con lo que somos, desgraciados somos, y estamos obligados por la misma necesidad de nuestra condición. ¿A quién iremos? ¿Quién puede hacernos algún bien sino Aquel que nació en este mundo para nuestra regeneración, fue herido por nuestras iniquidades, y resucitó para nuestra justificación? Aunque le hayamos servido desde nuestra juventud, aunque hayamos crecido según Su ejemplo, tanto como puede crecer un hombre, en sabiduría como en estatura, aunque hayamos tenido siempre corazones compasivos, y una voluntad mortificada, y un temperamento concienzudo, y un espíritu obediente, aún así, en el mejor de los casos, ¡cuánto hemos dejado por hacer, y cuánto hecho que debió ser de otro modo! Lo que El puede hacer por nuestra naturaleza, en orden a santificarla, lo sabemos en cierta medida, lo sabemos en el caso de Sus santos, y ciertamente no sabemos el límite en llevar adelante la labor de purificación y renovación por el Espíritu en aquellos que son objeto de Su especial favor. Pero

en cuanto a nosotros, sabemos muy bien que por mucho que hayamos intentado hemos hecho muy poco, que nuestro mejor servicio no es digno, y cuanto más intentamos más claramente veremos qué poco hemos intentado hasta ahora.

Aquellos que Cristo salva son los que enseguida intentan salvarse, aunque desesperan de salvarse ellos mismos; los que quieren hacer todo pero confiesan que no hacen nada; los que son todo amor y todo temor; los que son los más santos, y sin embargo se confiesan los más pecadores; los que siempre buscan agradarle a Él, aunque sienten que nunca pueden; los que están llenos de buenas obras, y de obras de penitencia. Todo esto parece una contradicción al hombre natural, pero no es así para aquellos a quienes Cristo ilumina. Ellos comprenden según esta iluminación que les es posible trazar su salvación, y sin embargo tenerla trazada, temer y temblar ante el pensamiento del juicio, y sin embargo estar siempre alegres en el Señor, y esperar y pedir Su venida. ●—

Conferencia en la Jornada Internacional

“John Henry Newman y la Universidad”

en la Universidad Austral, Buenos Aires, 1º de septiembre de 2011

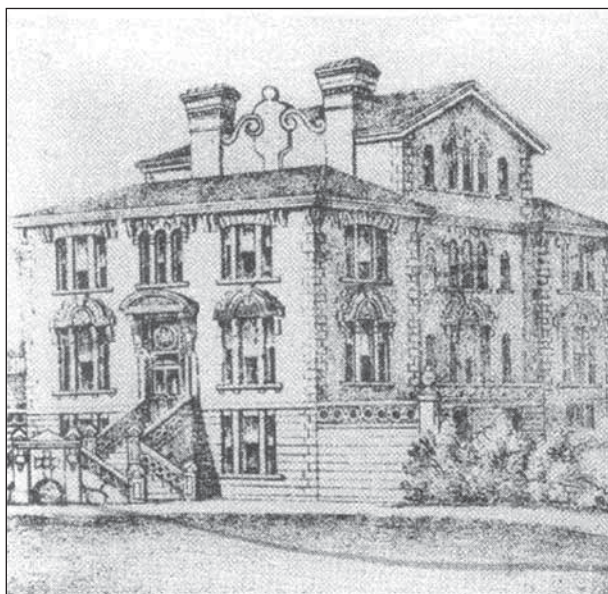
Cor ad cor loquitur: La influencia personal

FERNANDO MARÍA CAVALLER

La vida de Newman (1801-1890) puede dividirse en dos períodos iguales, antes y después de su conversión al catolicismo en 1845. El primer período está enmarcado entre dos momentos decisivos: una primera conversión a Dios a los 15 años y la segunda conversión a la Iglesia a los 44. La primera ocurrió durante unas vacaciones en las que tuvo que quedarse solo en el colegio de Ealing, antes de ingresar a Oxford. La sintetiza como la experiencia de *descansar en el pensamiento de dos y sólo dos seres absoluta y luminosamente autoevidentes: yo y mi Creador*.¹ Y lo repetirá más tarde: *Desde mi niñez yo había entendido con especial claridad que mi Creador y yo, su criatura, éramos los dos seres cuya existencia se impone arrolladoramente, como la luz in rerum natura...Es por completo un cara a cara, “solus cum solo”, entre el hombre y su Dios*.² No era una percepción subjetivista o solipsista, porque en ella quedaba abierto al misterio trascendente de un Dios personal. Fue la presencia de Dios dentro suyo, descubriendo que pertenecía enteramente a El, que su alma era Suya, y Suya solamente, que Dios tomó posesión de él de este modo directo e íntimo, personal en el más pleno sentido que implican las palabras *Yo y mi Creador*.³ Se convierte al Dios vivo de la revelación, al Dios de la Biblia

que actúa en la historia personal de los hombres. Su vivencia religiosa tiene lugar como reacción de todo su ser humano ante la Presencia cierta del misterio divino. Lo primario no es aquí la experiencia, sino Dios que la hace posible y la provoca en el hombre. Y la cuestión esencial es que esta experiencia versa sobre algo real.⁴

En efecto, esta primera conversión fue una gracia divina por la cual el joven Newman tuvo una “percepción real” del Misterio divino. Es lo que fundamentará sus consideraciones acerca del acto de fe, analizadas cincuenta y cinco años después en su obra *Gramática del asentimiento*, donde distingue entre aprehensión *no-cional* y *real*, la primera de naturaleza intelectual y abstracta, la segunda de toda la persona, *más fuerte, vívida y penetrante...experiencia de algo concreto que permanece en la mente por medio de la memoria en forma de imágenes*.⁵ La fe alcanza así un conocimiento real del misterio revelado. Creer es *asentir como si viera, sin haber visto*.⁶ Por ello, el verbo que aparece todo el tiempo en sus escritos es *to realize*, es decir, hacer real, darse cuenta realmente. La presencia de Dios, aunque invisible, era para él algo real. La fe es conversión a lo invisible. Newman recoge en la *Apología* la convicción que tenía de niño acerca del mundo invisible, convicción que



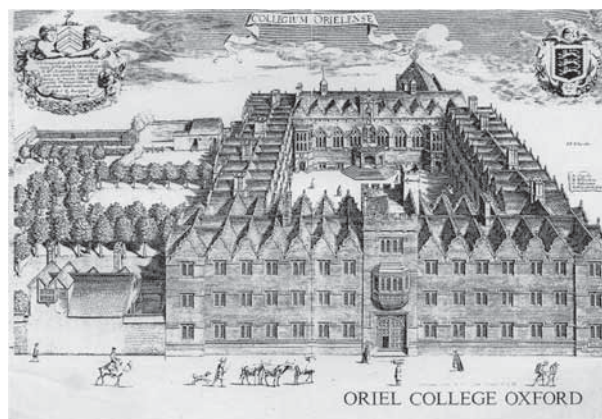
Ealing

formula luego como el *principio sacramental*, que nutre todo su pensamiento: *los fenómenos materiales son, a la par, figuras e instrumentos de realidades invisibles.*⁷ No es demasiado decir que la única gran regla que preside las economías o dispensaciones divinas respecto a la humanidad, es la de que el mundo visible es el instrumento del mundo invisible, aunque también su velo. Es su veladura, y no obstante, por una parte, su símbolo e indicio, si bien el conjunto de lo que existe o de lo que ocurre en el orden visible, disimula otro mundo de seres, de hechos, y de acontecimientos, aunque lo sugiera y le sirva...Todas las cosas visibles -el mundo, la Biblia, la Iglesia, la sociedad civil y el hombre mismo- son los signos típicos y según su medida y su rango, los órganos de un mundo invisible más verdadero y más elevado.⁸ Así, cuando Newman considera en la *Grammar* las disposiciones personales para el acto de fe, señala estas: *la fe y la percepción de la divina presencia, el reconocimiento de sus atributos, la admiración por su persona descubierta debajo de ellos, la convicción del valor del alma, la convicción de la realidad e importancia del mundo invisible.*⁹

La sacramentalidad del mundo visible remite al hecho de la Encarnación del Verbo, que

Newman considera la verdad central del cristianismo. Así predicará para “hacerla real”: *Verdaderamente, hasta que no contemplemos a nuestro Señor y Salvador, Dios y hombre, como un ser realmente existente, externo a nuestras mentes, tan completo y entero en Su personalidad como mostramos ser nosotros mismos unos a otros, tan uno y el mismo en todos Sus variados y contrarios atributos, “el mismo ayer, hoy y siempre”, estaremos usando palabras que no aprovechan. Será así hasta que no hagamos real [to realize] ese Objeto de fe, que no es un mero nombre al que se le asignan títulos y propiedades sin congruencia y significado, sino que tiene una existencia personal y una identidad distinta de cualquier otra cosa. ¿En qué sentido real le ‘conocemos’?...¿Qué ganamos con palabras, aún correctas y abundantes, si terminan en ellas mismas, en vez de iluminar la imagen del Hijo Encarnado en nuestros corazones?*¹⁰

De la lógica de la Encarnación, misterio de unión de Dios y del hombre en la Persona de Jesucristo, brota asimismo la sacramentalidad de la Iglesia, visible e invisible a la vez. *El mundo invisible, mediante el poder secreto y la misericordia de Dios, irrumpe en este mundo y la Iglesia es precisamente la parte en la cual irrumpe.*¹¹ Newman supera la concepción protestante de las dos Iglesias (Iglesia visible institucional e Iglesia invisible de los corazones y elegidos). *Podemos hablar de Iglesia visible e invisible en cierto sentido, como de dos aspectos de una misma y única cosa, distintos sólo en nuestros espí-*



*ritus y no en la realidad [siguen ejemplos]. Lo mismo ocurre aquí. La Iglesia se llama visible, por ejemplo, porque incluye a clérigos y laicos, e invisible, porque basa su vida y su fuerza sobre influencias y gracias ocultas a nuestros ojos, venidas del cielo. Dividirla en dos sería realmente como dividir una línea curva, diferenciándola, como suele decirse, en cóncava y convexa. Lo que es convexo vista desde el exterior, es cóncavo vista desde el interior...Hablando con propiedad el cuerpo entero es la única Iglesia, formado por todas las generaciones, aunque la Iglesia de nuestro tiempo sea una parte...y en el mundo futuro la Iglesia completa quedará reunida en la Unidad, dondequiera que vivan sus miembros.*¹² Newman desarrolla una teología de la Iglesia como “misterio”, como realidad sacramental. Jesucristo, Iglesia y mundo creado son “misterios”, es decir, “sacramentos”, que la fe conoce de modo “real”.

Entonces, aquella primera conversión, “lo que parece una relación inmediata entre Dios y la conciencia, que podría prestarse a objeciones de mero subjetivismo, es una relación que se halla mediada por el mundo exterior visible, y de modo particular por la Iglesia como lugar privilegiado para la comunión de los hombres con Dios”.¹³ Y es el Espíritu Santo el que inhabita tanto en el alma como en el seno de la Iglesia. En cuanto a lo primero dice: *El Espíritu Santo no ha venido para suplir la ausencia de Cristo sino para consumir su presencia...causa la inhabitación de Cristo en el alma, la fe de la bienvenida.*¹⁴ En cuanto a lo segundo: *En la Iglesia visible se moldea y madura gradualmente la Iglesia invisible. Es formada lenta y variadamente por el Santo Espíritu de Dios...El Espíritu ha tomado su morada en la Iglesia, y ésta llevará siempre en su exterior los signos de su escondido privilegio.*¹⁵ *Es a través de su Espíritu como Cristo habita en ella.*¹⁶

Aquella “primera conversión de Newman fue su entrada en el ámbito de la fe”,¹⁷ y entonces decidió que lo suyo era entregarse en manos de la **Providencia de Dios**. Esa actitud profunda

también continuará siempre en la base de su espiritualidad, como lo expresó en la célebre poesía *Guíame, luz bondadosa*. Pero también percibe que es la Providencia la que ha establecido el principio sacramental que rige en toda la realidad creada, en Jesucristo y en la Iglesia. *La ley de la Providencia aquí abajo obra tras un velo, y lo que es visible para nosotros en su conducta, no hace más que reflejar, e incluso a veces disimular o disfrazar, lo que es invisible... Esta es la única gran regla sobre la cual han sido y son dirigidas las dispensaciones divinas con la humanidad : el mundo visible es el instrumento del mundo invisible, aunque también su velo ; es su veladura, y no obstante, parcialmente, su símbolo e indicio, de modo que todo lo que existe o lo que ocurre en el orden visible, disimula, sugiere y sobretodo sirve a otro mundo de seres, de hechos y de acontecimientos, que están detrás.*¹⁸

Junto al principio sacramental aparece el **principio dogmático**, que acompañó también aquella primera conversión y continuó presente en su pensamiento. *Caí bajo la influencia de un credo definido y recibí en mi intelecto la marca de lo que es un dogma, que gracias a Dios nunca se ha borrado ni oscurecido.*¹⁹ Credo definido y dogma significan aquí la revelación divina en lenguaje humano. Fue una experiencia inmediata de la verdad de la Palabra de Dios, de su realidad objetiva: el Dios de las Sagradas Escrituras, el Dios trinitario revelado plenamente en Jesucristo desde la Encarnación. *Desde los quince años, el dogma ha sido el principio fundamental de mi religión. No conozco otra; no puedo hacerme a la idea de otra especie de religión; religión como mero sentimiento es para mí un sueño y una burla, sería como haber amor filial sin la realidad de un padre, o devoción sin la realidad de un ser supremo.*²⁰ En el estudio sistemático sobre el asentimiento de la fe, dirá que *Aquí tenemos la solución al error común de suponer que hay una cierta contradicción y antagonismo entre un credo dogmático y una religión vital. La fórmula que para el teólogo encierra una noción, fácilmente sugiere un objeto de devoción para el simple fiel. De esta forma toda*

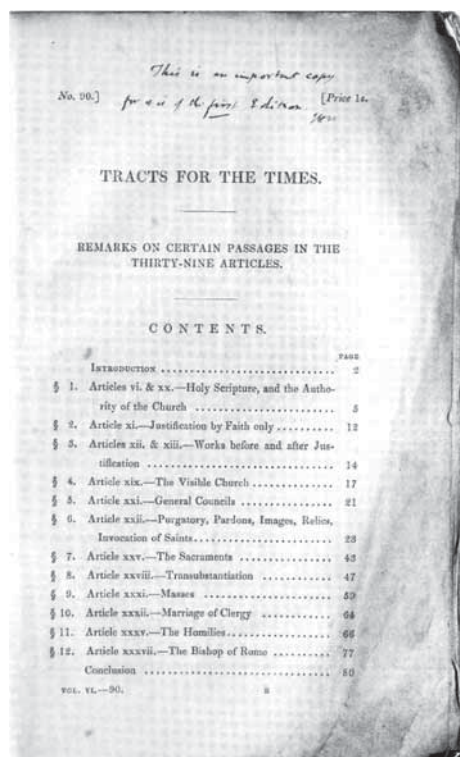
religión se apoya en el dogma.²¹ Es decir, aquella primera conversión se despliega como una experiencia sacramental y dogmática. La Revelación de Dios no estaba contenida sólo en la Escritura sino en la Tradición de la Iglesia, expresada en el Credo. También aquí aparece la realidad insoslayable de la Iglesia. El principio dogmático era, en definitiva, el principio de la **primacía de la Verdad**.

Newman ingresó al Trinity College de Oxford después de aquella conversión, y allí estudió las humanidades. Luego, a los 21 años, es nombrado “fellow” del Oriel College, el más prestigioso de entonces, y conoce a la plana mayor del mundo académico de la Universidad, pasando de la visión propia del evangelismo calvinista de su juventud al ámbito de la Iglesia Alta de Inglaterra y sus convicciones de fe, la gran tradición anglicana. Conoce y estudia los más importantes teólogos anglicanos desde el siglo XVI. Pero a la vez comienza a leer y estudiar los escritos de los Santos Padres de la Iglesia antigua. Este amor por la Iglesia de los primeros siglos venía desde la conversión juvenil, cuando leyó la “**Historia de la Iglesia**” de Millner, donde encontró por primera vez las grandes figuras patrísticas.

Newman había recibido las órdenes anglicanas a los 24 años y atendió pastoralmente primero la iglesia de San Clemente y luego la de Santa María, la iglesia de la Universidad, donde fue nombrado párroco a los 27 años. Enseñaba desde el púlpito de Santa María y desde el claustro de Oriel. Siempre consideró su labor académica como pastoral. Al ser nombrado Tutor esta convicción aumentó. Anota en su diario : *Y ahora, Oh Señor, estoy entrando con el nuevo año en un nuevo curso de obligaciones, es decir la tutoría. Que me ocupe en ellas con la fuerza de Cristo, recordando que soy un ministro de Dios, y tengo encomendado predicar el Evangelio, recordando el valor de las almas, y que tendré que responder por las oportunidades que se me dieron para beneficiar a aquellos bajo mi cuidado.*²² Más de 50 años después escribe : *Mucho antes de ser sacerdote católico...cuando era*

*Tutor público de mi Colegio en Oxford, mantenía, aún ferozmente, que mi ocupación era claramente pastoral. Consideraba que por los estatutos de la Universidad, una profesión de Tutor era de naturaleza religiosa...Consideraba que el Tutor de un College tenía el cuidado de las almas.*²³ En cuanto a su cargo en Santa María, nos ha dejado un verdadero corpus teológico en sus *Sermones Parroquiales* y *Sencillos* (604 homilías) y los 15 *Sermones Universitarios* sobre la relación entre la fe y la razón. Además escribió semblanzas patrísticas, poesías, y ensayos.

La época que sigue hasta su conversión está vinculada a Oxford y a Littlemore, pequeña localidad que entraba en su jurisdicción como párroco, y donde edificó la iglesia. Al volver de un viaje por el Mediterráneo, en el que casi muere, tiene la convicción de una *misión* especial en Inglaterra. En efecto, pronto fue el líder, junto a John Keble, Edward Pusey, Henry Wilberforce, y otros, del Movimiento de Oxford, con el objetivo de renovar la Iglesia de Inglaterra, una verdadera “segunda reforma”, basada en su identidad episcopal y en su vida litúrgica. Esto respondía a la vez a la tendencia cada vez más pronunciada por parte del Estado de inmiscuirse en asuntos eclesiásticos. Los *Tracts for the Times*, opúsculos de actualidad, serán los difusores del Movimiento de Oxford. Su primera obra, a la vez cristológica y eclesiológica fue en 1832 *Los arrianos del siglo IV*. La obra eclesiológica siguiente fue *El oficio profético de la Iglesia, en relación al sistema protestante y romano*, retitulada en 1837 como *La Via Media de la Iglesia Anglicana*. La cuestión era justificar el anglicanismo como el heredero legítimo de la Iglesia de los Padres, y el principio era la antigüedad. Sin embargo, el mismo estudio de las controversias de los primeros siglos le hizo descubrir la posición siempre fiel de Roma y lo decisivo del principio de catolicidad. Newman escribe el *Tract 90* interpretando los 39 artículos de la fe anglicana en el sentido más católico posible, y el escrito es rechazado por los obispos. Newman comienza a dudar seriamente



El Tract 90

sobre la Iglesia anglicana. Se retira a Littlemore en 1841 para orar, meditar y estudiar, para encontrar la verdad en un momento de gran incertidumbre. Puso en práctica lo que él mismo había escrito en la semblanza de San Benito: *su objeto era la quietud y la paz; su estado el retiro; su ocupación un trabajo simple... la oración, el estudio, la transcripción, la labor manual y otras ocupaciones consoladoras nada excitantes... la summa quies, la más perfecta quietud.*²⁴ Vemos aquí nuevamente la vida interior de Newman en continuidad con aquella experiencia juvenil, *Yo y mi Creador*, ahora en busca de la verdadera Iglesia de Jesucristo.

En este clima encontrará su tercer gran principio teológico, el **desarrollo**, unido al sacramental y al dogmático. De sus lecturas de las obras del obispo Joseph Butler, del siglo XVIII, tenía clara conciencia de que *el crecimiento es la garantía de la vida*. El estudio de las controversias cristológicas y trinitarias de los primeros siglos, los grandes concilios de entonces, y la guía de los

Santos Padres, le habían llevado a introducir el método histórico en su pensamiento teológico. La historicidad había sido característica de la revelación dada por Dios, y la Iglesia, como su intérprete, también había vivido esa dimensión histórica. En el último Sermón Universitario trata de modo explícito el principio del desarrollo. *Los credos y dogmas viven en la idea única, para expresar la cual han sido propuestos, y sólo ella tiene consistencia propia.*²⁵ La “idea única” era el cristianismo. La Revelación es la “idea” cristiana impresa en la mente corporativa de la Iglesia apostólica, que se va explicitando en los Credos y otras formas de definición dogmática, fruto del trabajo teológico. *El contacto con la realidad de Dios es la vida propia de los desarrollos auténticos; esto es peculiar de la Iglesia y es lo que justifica sus definiciones.*²⁶ El vínculo que quería establecer entre la Iglesia anglicana y la Iglesia de los Padres, así como las acusaciones contra Roma por haber agregado dogmas y corrompido la fe con sus devociones populares, eran cuestiones que debían ser resueltas estudiando la historia real. Y eso fue lo que hizo en la que sería su contribución teológica más importante, el *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana* de 1845, escrito en Littlemore. Newman ofrece ahí el “hecho” histórico como evidencia de un desenvolvimiento, que difiere por un lado de una pura “inmutabilidad”, y por otro de la “corrupción”. *Vi que el principio del desarrollo no sólo explicaba ciertos hechos, sino que era en sí mismo un notable fenómeno filosófico que da carácter a todo el curso del pensamiento cristiano. Se lo podía descubrir desde los primeros años de la enseñanza católica hasta el día de hoy, y daba a esta enseñanza unidad e individualidad. Servía como verificación, que el anglicano no podía presentar, de que la Roma moderna era, en verdad, la antigua Antioquia, Alejandría y Constantinopla, exactamente como una curva matemática tiene su propia ley y expresión.*²⁷ El principio del desarrollo resolvía la difícil cuestión acerca de la relación entre Verdad e historia. El ensayo quedó inacabado. Newman se convier-

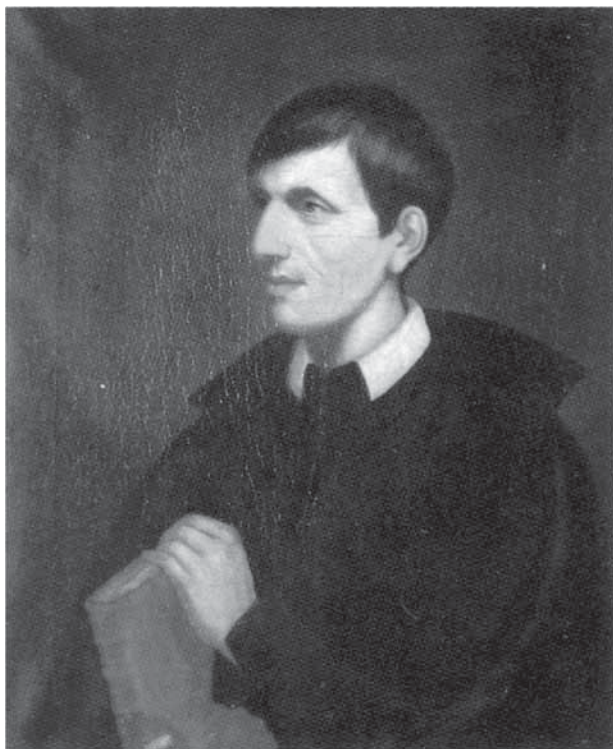


Littlemore

te a la Iglesia de Roma a los 44 años, el 9 de octubre de 1845. Littlemore fue el punto de inflexión de las dos partes de su vida creyente, la anglicana y la católica. Fue un lugar escondido donde se produjo una decisión que pasó a ser enorme, no sólo para él, sino para Inglaterra y para toda la Iglesia. En Roma es ordenado sacerdote y regresa a Inglaterra para fundar el primer Oratorio de San Felipe Neri en Birmingham, donde vivirá hasta su muerte.

Sus grandes principios teológicos continúan en su vida católica. En ella también desarrolla la doble tarea, pastoral y educativa. La misma visión que tenía como anglicano la mantiene: había que educar a los laicos en la Verdad, formarlos teológica y moralmente, iluminar su razón y su conciencia, de acuerdo a su dignidad bautismal. Newman veía a la mayoría de los laicos católicos empobrecidos espiritualmente, ignorantes o indiferentes a las verdades de la fe, y por ello sin eficacia para hacer presente la Iglesia en la sociedad. Habla de las *deficiencias miserables que existen*.²⁸ La falta de formación contrastaba aún más con el pensamiento ilustrado de quienes promovían lo que Newman llamaba '*liberalismo*', lo que hoy llamamos relativismo, para el cual la afirmación de la verdad era sinónimo de dogmatismo e intolerancia, y se veía sustituida por la opinión. En su itinerario religioso relatado en la *Apología* hay un

hilo conductor que se resume en una frase suya: *mi batalla era contra el liberalismo*.²⁹ Con gran firmeza repite allí una y otra vez el principio dogmático del cristianismo, es decir, la Verdad revelada en lenguaje humano y expresada en el Credo de la Iglesia. En esto había que educar a los laicos. Crecía el empuje de la infidelidad moderna. *Hay un gran peligro de la que la escuela científica se aparte de la Iglesia cristiana*.³⁰ Newman veía la novedad de un mundo arreligioso. Ya había escrito en el ensayo de 1845: *Nuestro espíritu se halla sometido a la verdad. No le es, por tanto, superior, y está obligado no tanto a disertar sobre ella cuanto a venerarla. La verdad y el error son situados ante nosotros para probar nuestros corazones. Elegir entre una y otro significa hacer una terrible apuesta de la que depende nuestra salvación o nuestra desgracia...Antes que ninguna otra cosa es necesario profesar la fe católica*.³¹ En 1850, dice en una conferencia pública a los laicos: *Vuestra fuerza radica en Dios y en vuestra conciencia ; por consiguiente, no está en vuestro número. No está en vuestro número como tampoco en la intriga, los cálculos o la sabiduría mundana...Lo que echo de menos en los católicos es el don de sacar a la luz lo que es su religión...Quiero un laicado no arrogante, no precipitado en el hablar, no aficionado a las discusiones, sino hombres que conozcan su religión, que penetren en ella, que sepan el terreno que pisan, que sepan lo que sostienen y lo que no, que conozcan tan bien su credo que puedan dar razón de él, que sepan bastante historia para poder defenderlo. Quiero un laicado inteligente y bien instruido...Deseo que ampliéis vuestros conocimientos, que cultivéis vuestra razón, que adquiráis perspicacia en las relaciones entre verdad y verdad, que aprendáis a ver las cosas como son, que comprendáis cómo la fe y la razón se compaginan entre sí, cuáles con las bases y principios del catolicismo y dónde radican las principales incoherencias y absurdos de la teoría protestante. No tengo ningún miedo de que os volváis peores católicos*



1846-1847 en Roma (retrato de María Giberne).

*por familiarizaros con estos temas, siempre que cultivéis con afecto un vivo sentido de Dios y tengáis bien presente que vuestras almas han de ser juzgadas y salvadas. En todos los tiempos los laicos han dado la medida del espíritu católico.*³²

Tres años después, en 1853, fundó la Universidad Católica de Dublín, por pedido del episcopado irlandés. Sus nueve discursos son un tratado de educación superior para laicos, cuyo núcleo es la integración de la teología con las demás ciencias. En cuanto a la función secular propia del laico dice: *Si la universidad es una preparación directa para este mundo, dejémosla que cumpla su cometido. Es un lugar donde se forman y capacitan hombres del mundo para vivir en él. No podemos evitar que se sumerjan en el mundo, con todos sus caminos, principios y axiomas, cuando les llegue su hora; pero podemos prepararlos contra lo que es inevitable; y no es la manera más apropiada de aprender a nadar en aguas revueltas no haberse metido nunca en*

*ellas.*³³ En un sermón de entonces dice: *Yo querría que el intelecto dispusiera de la más amplia libertad y que la religión gozara de una libertad semejante; y querría establecer que ambas, cultura y religión, se encuentren en las mismas personas. Deseo que los mismos lugares y los mismos individuos sean al mismo tiempo oráculos de filosofía y santuarios de devoción. Deseo que el laico intelectual sea verdadero y devoto creyente, y que el hombre devoto sea culto y pueda dar razón de su fe.*³⁴ Dirá 20 años después que lo que hay que lograr es *hacer de la Universidad un terreno...desde donde, como un campo común, se pudiera influir conjuntamente sobre una época que va de cabeza hacia la incredulidad.*³⁵ Además de su vínculo con la Universidad, fundó la Escuela del Oratorio de Birmingham, la primera escuela católica pública de Inglaterra. Dice en su diario: *De principio a fin, la educación, en el sentido amplio de la palabra, ha sido mi línea de trabajo.*³⁶

Fiel a su pensamiento filosófico y teológico, la historia tenía un lugar central en la educación. *La historia del pasado termina con el presente, y el presente es la tesitura desde la que emitimos nuestros juicios, y para adoptar una actitud correcta hacia los diversos fenómenos de ese presente debemos entenderlos; y para entenderlos, debemos recurrir a aquellos acontecimientos del pasado que condujeron a este presente. Así, el presente es un texto y el pasado su interpretación.. Cuando no se preocupan por la verdad histórica, los hombres llegan a la vida, toman lo que allí encuentran y le añaden su propia interpretación... hoy el peligro es que, debido a una ignorancia total de la Historia, nos veamos forzados a decidir sobre cada acción o cada principio tan sólo por el único criterio que nos queda: el de una conveniencia visible.*³⁷ Esto incide en la comprensión del cristianismo, que, dice Newman, *no es una teoría nacida en el despacho o en el claustro...Es cierto que en los últimos tiempos ha encontrado amplia recepción la hipótesis que afirma que el cristianismo no se localiza en la esfera de la historia, que es para cada hombre como cada cual quie-*

ra concebirlo.³⁸ *Tal vez la mayor de las carencias a las que se enfrenta nuestra teología hoy es la de una Historia de la Iglesia.*³⁹ Advirtamos que, precisamente, esta historia es la que lo llevó a la conversión. Educar al laico desde esta óptica significaba, y significa, librarlo de una mentalidad de ruptura, introduciéndolo en la gran tradición viva de la Iglesia, que era y es también la manera de evitar todo relativismo.

Ahora bien, esta exigencia personal, pastoral y docente acerca de la **primacía de la Verdad**, significaba aquella *batalla*, a la que se refirió en ese testamento suyo con motivo de su cardenalato: *Por treinta, cuarenta, cincuenta años, he resistido con lo mejor de mis fuerzas al espíritu del liberalismo religioso. ¡Nunca la Santa Iglesia ha tenido más necesidad de héroes que lo resistan con más urgencia que hoy, cuando tal error se desparra como una trampa, por toda la tierra !...Es la doctrina de que no hay ninguna verdad positiva en religión, sino que un credo es tan bueno como otro, y ésta es la enseñanza que va ganando fuerza día a día. Es incompatible con cualquier reconocimiento de alguna religión como ‘verdadera’. Enseña que todas deben ser toleradas y que son todas materia de opinión. La religión revelada no es una verdad, sino un sentimiento y un gusto...Los hombres pueden fraternizar juntos en pensamientos y sentimientos espirituales, sin tener que mantener en común ningún punto de vista doctrinal, ni ver su necesidad....El carácter general de esta ‘gran apostasía’ es único y el mismo en todas partes... Jamás el Enemigo ha planeado una estrategia más inteligente y con tanta probabilidad de éxito.*⁴⁰ Hoy vemos este éxito.

Nos acercamos aquí a un último principio que está presente en todos los demás: el **personalismo** de Newman. Está presente en el **principio sacramental**, porque el mundo invisible es un universo personal en el que está el Dios tripersonal, el Hijo encarnado, habitado por ángeles, y la Comunión de los santos, los miembros del Cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia, un mundo de relaciones interpersonales. Y es la

fe la que ve esta realidad, con un asentimiento real que es personal. *Es el hombre entero quien se mueve hacia la verdad.*⁴¹ Todo el sistema gnoseológico que Newman presenta en la *Gramática del asentimiento*, las probabilidades antecedentes, la convergencia de probabilidades, las razones implícitas, la función del sentido ilativo, todo remite a la mente de la persona, una verdadera apologética integral que tiene en cuenta las disposiciones personales en orden al acto de fe. Lo personal está presente también en el **principio dogmático**, porque es el Dios personal que se revela en hechos y palabras. *Para los hombres espirituales y devotos, la sagrada Escritura habla de cosas, no de simples nociones...tiene para ellos un carácter real en sus enseñanzas...y el fin de la meditación es convertir los Evangelios en algo real... Al corazón se llega comúnmente no por la razón, sino por la imaginación, por las impresiones directas, por el testimonio de hechos y sucesos, por la historia, por la descripción. Las personas nos influyen, las voces nos hacen derretir, las miradas nos subyugan, los hechos nos inflaman. Muchos hombres viven y mueren por un dogma, pero nadie es el mártir de una conclusión...El cristianismo es una historia sobrenatural casi escenificada: nos dice lo que es su Autor diciéndonos qué es lo que ha hecho.*⁴² También en el **desarrollo** está presente el principio personalista, pues se da en la historia de la Iglesia con personas como los Santos Padres, que Newman consideraba amigos cercanos y personales, llegando a decir: *Los Padres me hicieron católico.*⁴³ Y el mismo personalismo está en sus sermones cuando habla de Dios pero también de la persona humana, penetrando en su misterio de tal modo que nos reconocemos y nos sentimos interpretados aún leyéndolos hoy. Y personal fue su concepción de la **tarea educativa**, desde el Oriel de Oxford hasta la escuela de Birmingham y la Universidad de Dublín, donde dijo que *la oferta debe estar antes que la demanda.*⁴⁴ Porque es iniciativa de Dios haber creado al hombre para la Verdad, y por eso la

busca secretamente en su corazón aunque no lo diga. Newman afirma que *el rechazo del cristianismo brota de una falta del corazón, no del intelecto*.⁴⁵ Corazón, en Newman, quiere decir la persona toda.

Personal ha de ser asimismo la **propagación de la Verdad**, que no es algo sino Alguien, Jesucristo en Persona, que para predicar el Evangelio eligió a unas pocas personas concretas. *Es evidente que todo gran cambio es realizado por unos pocos, no por los muchos; por unos pocos decididos, valientes y celosos...Uno o dos hombres, de escasas pretensiones externas, pero con los corazones en su trabajo, son los que hacen grandes cosas*.⁴⁶ Los movimientos vivos no nacen de comisiones, ni las grandes ideas operan por correo, sino en la fuerza de la influencia personal y de la congenialidad de pensamiento...Ninguna gran obra ha nacido de un sistema; los sistemas, en cambio, surgen de esfuerzos individuales...Tal es el curso de las cosas: promovemos la verdad por el sacrificio de nosotros mismos.⁴⁷ La Verdad se ha aceptado en el mundo no por su carácter de sistema, ni por los libros, de por la argumentación, ni por el poder temporal que la apoyaba, sino por la influencia personal de quienes testificaron, siendo a la vez maestros y modelos de la misma..Es la santidad revestida de forma personal la que no pueden abatir, mirándola fijamente cara a cara...La conducta práctica de una persona religiosa es algo que les supera por completo...Será difícil valorar debidamente la fuerza moral que puede adquirir dentro de su círculo, al cabo de los años, un solo individuo ejercitado en la práctica de lo que enseña...El atractivo de la santidad humilde tiene un carácter de irresistible urgencia. Newman habla con tono profético: unos pocos cristianos de calidad superior...bastan para llevar adelante la obra silenciosa de Dios... así fueron los apóstoles... un puñado de personas, dotadas de una gracia sublime, rescatarán el mundo durante los siglos venideros. Conmueve y anima al decir que debemos sentirnos conformes con la suerte más humilde y más oscura,...

que en ella podemos ser los instrumentos de un bien muy grande, que casi en ninguna situación se puede ser instrumento directo de bien para nadie, fuera de los que personalmente nos conocen, los cuales no pasan nunca de un círculo reducido...que se puede hacer mucho bien desde una responsabilidad inferior dentro de la Iglesia,...que los grandes benefactores de la humanidad son frecuentemente ignorados.⁴⁸ En consonancia con este personalismo dice Newman *Dios me ha encomendado alguna obra que no ha encomendado a otro. Tengo mi misión*,⁴⁹ apelando a la **responsabilidad personal**. O también aquella otra sentencia: *la conciencia tiene derechos porque tiene deberes*,⁵⁰ el derecho-deber del cristiano de amar la Verdad y dar testimonio santo de la misma, de ser cristiano en un mundo relativista o nihilista, de *Irradiar a Cristo*.⁵¹

Volviendo al punto de partida, personalísima fue aquella primera convicción, *Yo y mi Creador*, y así continuó en toda su teología, con expresiones como esta: *Nada es más difícil que darse cuenta que cada hombre tiene un alma distinta, que cada uno de los millones que viven o han vivido es un ser íntegro e independiente en sí mismo, como si no hubiera nadie más en todo el mundo aparte de él*.⁵² O esta otra, de sabor bíblico y agustiniense: *Sólo es suficiente para el corazón Aquel que lo creó. ¿Qué es tener una buena conciencia...sino acordarnos siempre de Dios en nuestros corazones, tener nuestros corazones en un estado que nos lleve a levantar los ojos hacia El, y desear que Sus ojos nos miren a lo largo del día? La vida pasa, las riquezas se van, la popularidad es inconstante, los sentidos decaen, el mundo cambia, los amigos mueren. Sólo Uno es constante; sólo Uno es veraz con nosotros; sólo Uno puede ser verdadero; sólo Uno puede ser todas las cosas para nosotros; sólo Uno puede formarnos y poseernos. ¿Estamos dispuestos a ponernos bajo Su guía? Esta es ciertamente la única pregunta*.⁵³

Él mismo, como siempre, se nos adelanta y sintetiza todo. Al final de su vida, cuando el Papa León XIII lo hace Cardenal, elige para el lema de

su escudo: *Cor ad cor loquitur*, el corazón habla al corazón, el diálogo en la Verdad y el Amor entre Dios y el hombre y también del cristiano

con los hombres de su tiempo. Newman es el gran Doctor de la Iglesia moderna. Así esperamos que sea nombrado después de su canonización.●—

NOTAS

- 1 Apo 32.
- 2 Apo 200
- 3 BOUYER, Louis, *Newman. His Life and Spirituality*, 1958, p.22-25.
- 4 MORALES J. *Teología, experiencia, educación. Estudios newmanianos*. Pamplona, 1999., pp 58-59,61. El último párrafo remite a W. Barry, *Cardinal Newman* 1904.
- 5 GA, cap V.
- 6 Idem 115.
- 7 Apo, 17.
- 8 ECH, II, 12, pp. 190-93.
- 9 GA, 357-367.
- 10 PPS III,12. *La humillación del Hijo eterno*. 1835
- 11 PPS IV, 11, *La Comunión de los Santos*. 1837
- 12 PPS III, 16., 1835.
- 13 MORALES, op.cit., p.63.
- 14 PPS VI,10. *La presencia espiritual de Cristo en la Iglesia.*,
- 15 PPS III, 243.
- 16 PPS IV, 173, y Subj, 97.
- 17 HONORÉ Jean, *The Spritual Journey of Newman*, New York, 1997. p.21
- 18 ECH, II, *Milman's View of Christianity* (1841), 190-196.
- 19 Apo 4.
- 20 Apo 48
- 21 GA 120-121.
- 22 A.W., 209.
- 23 *Addresses to Cardinal Newman with his Replies* etc., de W.Neville del Oratorio, 1905.
- 24 HS II, pp. 364.
- 25 OUS XV, 331-334.
- 26 idem, 335-336
- 27 Apo 202.
- 28 LD XIX, 10.1859
- 29 Apo, 75.
- 30 Idem
- 31 Dev, 377.
- 32 Pr.Pos., 388-391.
- 33 Idea, 232.
- 34 *Sermons Preached on Various Occasions*, p.13.
- 35 LD XXVI, 393-4, a G. Fottrell, 1873.
- 36 AW 259.
- 37 ECH II, pp 250-253
- 38 GA, 79-97.
- 39 EHC II, XIII, 1841.
- 40 Ward, 460-462.
- 41 Apo, IV, 11, p.137.
- 42 GA, 79-97.
- 43 Diff, *Letter to Pusey*, p.24. 1864.
- 44 Idea, 167 ss.
- 45 LD I, 214,219.
- 46 PPS I, 2, *Testigos de la resurrección*, 1831.
- 47 Apo, 67-70.
- 48 OUS, 146. 1832.
- 49 Meditaciones y devociones III, 1.2.
- 50 Diff II, 250. 1874.
- 51 Meditaciones y Devociones, III, 7.3.
- 52 PPS IV, 6. 1836
- 53 PPS V, 22. 1839

PPS VII, 6, pp.74-85

Predicado en Santa María Virgen, Oxford, el 17 de enero de 1841.

El tiempo de Epifanía

TRADUCCIÓN **FERNANDO M. CAVALLER**

*En Caná de Galilea dio comienzo Jesús a sus milagros,
y manifestó Su gloria,
y sus discípulos creyeron en Él
(Jn 2,11)*

Epifanía es un tiempo especialmente diferenciado para adorar la gloria de Cristo. La palabra puede interpretarse como la manifestación de su gloria, y nos conduce a la contemplación de El como Rey en su trono en medio de su corte, con sus servidores alrededor y sus guardias asistiéndole. En Navidad conmemoramos su gracia, en Cuaresma sus tentaciones, en Viernes Santo sus sufrimientos y su muerte, el día de Pascua su victoria, en la Ascensión su vuelta al Padre y en el Adviento anticipamos su segunda venida. Y en todos estos tiempos Él hace algo, o sufre algo, pero en Epifanía y las semanas que le siguen le celebramos no en su campo de batalla o en su retiro solitario, sino como una augusta y glorioso Rey, y le contemplamos como el Objeto de nuestro culto. Solamente entonces, en su entera historia terrena, llevó a plenitud la figura de Salomón, y tuvo (por así decir) una corte, y recibió el homenaje de sus súbditos: cuando fue un infante. Su trono fueron los brazos de su purísima Madre, su cámara de palacio fue una choza o cueva, y los adoradores fueron los sabios hombres de oriente que le trajeron dones: oro, incienso y mirra. Todo a su alrededor parecía de la tierra, excepto para el ojo de la fe: hubo una sola nota de divinidad. Así como los grandes hombres de este mundo se visten sencillamente y aparecen como los demás, pero llevan algún costoso ornamento sobre su pecho o en su frente, así

el Hijo de María en su humilde morada y en su aspecto de infante fue declarado Hijo del Dios Altísimo, Padre de los tiempos y Príncipe de la Paz, por su estrella: una hermosa aparición que había guiado a los sabios todo el camino desde oriente hasta Belén.

Siendo así el carácter de este sagrado tiempo, nuestras celebraciones durante el mismo, en la medida en que son apropiadas, están llenas de la imagen de un rey en su corte real, de un soberano rodeado por súbditos, de un glorioso príncipe en el trono. No hay ningún pensamiento sobre guerra, contiendas, sufrimientos, triunfos o venganza, conectado con la Epifanía, sino de augusta majestad, de poder, de prosperidad, de esplendor, de serenidad, de benignidad. Ahora, más que en ningún otro tiempo, corresponde decir: “El Señor está en su santo Templo: ¡silencio ante él, tierra entera!” (Hab 2,20); “El Señor se sienta por encima de las aguas, el Señor se sienta como rey eterno” (Sal 28,10); “El Señor de los ejércitos está con nosotros; el Dios de Jacob es nuestro refugio” (Sal 45,4); “Entrad, postrémonos por tierra, bendiciendo al Señor, creador nuestro” (Sal 94,6); “Ensalzad al Señor, Dios nuestro, postraos ante el estrado de sus pies: El es santo” (Sal 98,5); “Aclamad la gloria del nombre del Señor, entrad en sus atrios trayéndole ofrendas; postraos ante el Señor en el atrio sagrado” (Sal 95, 8-9).

Dije que en este tiempo del año nuestras celebraciones propias del mismo son para recordarnos al rey en su trono, recibiendo la devoción de sus súbditos. Tal es la narración misma, a la que hicimos referencia, de la llegada de los sabios que le buscaron con sus dones desde un lugar lejano y se postraron para adorarlo. También es así el relato de su bautismo, la segunda lectura de la fiesta de Epifanía, cuando el Espíritu Santo descendió sobre El y una voz desde el cielo reconoció que era el Hijo de Dios (Mc 1, 9-11). Y si miramos los evangelios que se leen en este tiempo encontraremos que todos contienen alguna acción real de Cristo, el Mediador entre Dios y los hombres.¹ Así, en el evangelio para el primer domingo, El manifiesta su gloria en el templo a la edad de doce años sentado entre los doctores de la Ley, atónitos por su sabiduría. En el evangelio del segundo domingo, manifiesta su gloria en la fiesta de bodas cuando cambia el agua en vino, un milagro ni necesario ni urgente pero una acción especial augusta y generosa, la acción de un Rey que de su abundancia entrega un don a los suyos para alegrar a sus amigos. En el domingo tercero, el leproso adora a Cristo, que enseguida le cura, y el centurión le recuerda a sus ángeles y servidores celestiales y cura al sirviente con su palabra. En el cuarto domingo, una tormenta se desata en el lago mientras El duerme pacíficamente sobre un almohadón, sin cuidado ni aflicción, y cuando despierta increpó a los vientos y al mar y sigue la calma, tan profunda como la de su propia alma, y los apóstoles le adoran. Y enseguida expulsa la Legión de demonios de un hombre poseído, después que éste “corrió y se postró ante El” (Mc 5,6). En el quinto domin-

go, escuchamos hablar de su reino en la tierra y del enemigo que siembra cizaña en medio de la buena semilla. Y en el sexto, aparece su segunda Epifanía desde el cielo “con poder y gran gloria”.

Tal es la serie de manifestaciones que nos traen los domingos después de Epifanía. Cuando El está con los doctores en el Templo se manifiesta como profeta, al cambiar el agua en vino como sacerdote, en sus milagros de curación como Señor bondadoso que da de su abundancia, al calmar el mar como soberano cuya palabra es ley, en la parábola del trigo y la cizaña como guardián y gobernante, y en su segunda venida como legislador y juez.

Y así como estos evangelios nos hablan de la grandeza de nuestro Salvador, las epístolas y primeras lecturas lo hacen de los privilegios y obligaciones del nuevo pueblo de Dios que El ha formado para manifestar en adelante Su alabanza. Los cristianos son a la vez templo de Cristo y sus adoradores y ministros en el templo, son la esposa del Cordero tomados colectivamente y los amigos del Novio e invitados a la fiesta de bodas tomados individualmente. Desde estos distintos puntos de vista se nos presentan en las celebraciones durante estas semanas. En las lecturas del profeta Isaías leemos acerca de los dones, privilegios, características, poder y vicisitudes de la Iglesia, qué vasta fue su expansión aún entre los paganos, qué imponente y elevada, cuán milagrosamente fundada, cuán venerada, cuán pura en doctrina, y cuán llena del Espíritu. Y en las epístolas de los sucesivos domingos escuchamos acerca de las obligaciones y rasgos característicos de sus verdaderos miembros, principalmente como los recogen los capítulos 12 y 13 de San Pablo a los Romanos, como los impone el Apóstol a los Colosenses, y como lo exhorta San Juan en sus cartas.

Las oraciones colectas² son del mismo carácter, como corresponde a súbditos que suplican a su

1 NT: en lo que sigue Newman recoge las lecturas propias del calendario litúrgico de su época en la iglesia anglicana. El católico era similar, y hasta la reforma del Concilio Vaticano II había un tiempo litúrgico después de Epifanía compuesto de dos a seis domingos (según el corrimiento de la Pascua), que son los que Newman considera para mostrar que los evangelios presentan la reyesía de Cristo. Luego venía el tiempo de Septuagésima hasta el inicio de la Cuaresma. Nuestra celebración actual de la Epifanía se extiende hasta el domingo siguiente, con el que acaba el tiempo de Navidad, y en él se celebra el Bautismo de Jesús, como inicio de su vida pública y epifanía de su Persona. Luego comienza el tiempo durante el año hasta la Cuaresma.

2 La Oración Colecta de la Misa es la primera que se reza luego del acto penitencial y antes de comenzar la liturgia de la Palabra, y recoge, como su nombre indica, las oraciones de todos los fieles indicando siempre el contenido propio de la memoria litúrgica o festividad.

Rey. La primera es para pedir conocimiento y poder, la segunda paz, la tercera fortaleza en las enfermedades, la cuarta ayuda en la tentación, la quinta protección, y la sexta preparación y purificación ante la segunda venida de Cristo. No hay ninguna pueda convenir a un tiempo de prueba, o de arrepentimiento, o de espera, o de exultación, sino de paz, agradecimiento y adoración, cuando Cristo no se manifiesta en dolor, conflicto o victoria, sino en la tranquila posesión de Su reino.

Será suficiente hacer una reflexión que sugiere por sí misma lo que estado diciendo. Observaréis, pues, que la única exhibición de grandeza real, el único tiempo majestad, homenaje y gloria, que nuestro Señor tuvo en la tierra fue en su infancia y juventud. El mensaje de Gabriel a María fue en su estilo y manera tal como correspondía que un ángel hablar a la Madre de Cristo. Isabel también saludó a María, y el futuro Bautista a su oculto Señor, del mismo modo honorable. Los ángeles anunciaron su nacimiento, y los pastores lo adoraron. Una estrella apareció, y los sabios vinieron de oriente y le hicieron ofrendas. Fue llevado al Templo, y Simeón lo tomó en sus brazos y dio gracias por Él. Al llegar a los doce años apareció de nuevo en el Templo y tomó asiento entre los doctores. Pero aquí termina su majestad terrena, y si es vista después sólo fue aquí y allá, como vislumbres y repentinos destellos, pero no con luz constante ni con radiante difusión. Se nos dice al final del relato mencionado en último término: “Bajó con ellos y vino a Nazaret, y vivía sujeto a ellos” (Lc 2,51). Comienza ahora de hecho su sujeción y servidumbre. Había llegado en la forma de siervo, y ahora tomaba el oficio de siervo. ¡Cuánto se contiene en la idea de su sujeción! Y comienza, y su tiempo de gloria termina, cuando tenía doce años.

Salomón, el gran tipo del Príncipe de la Paz,³ reinó cuarenta años, y su nombre y su grandeza fueron conocidos a lo largo y ancho del oriente. José, el amado hijo de Jacob, que en la época más

temprana de la Iglesia era considerado como tipo de Cristo en su reinado, fue favorecido y tuvo el poder ochenta años, el doble que Salomón. Pero Cristo, el verdadero revelador de los secretos y el dispensador del pan de vida, la verdadera sabiduría y majestad del Padre, manifestó su gloria sólo en sus primeros años, y después se nubló el Sol de Justicia. Porque El no iba a reinar realmente hasta que dejara el mundo. Ha reinado desde entonces, más aún, reinó en el mundo aunque su presencia no se percibe, Rey invisible de un reino visible, pues vino a la tierra para manifestar qué debía ser su reino después de irse, y someterse al sufrimiento y al deshonor para poder reinar.

Pasa a menudo cuando las personas están seriamente enfermas, y por ello en delirio o con otras perturbaciones mentales, que tienen algunos pocos minutos de respiro, siendo más que ellas mismas, como si nos mostraran lo que realmente son e interpretaran por nosotros lo qué de otro modo sería triste. Por otra parte, algunos han pensado que las mentes de los niños hay señales de algo más que terreno, que desaparecen cuando la vida continúa, pero que son la promesa de lo que está destinado para ellos en el futuro. Y de algún modo semejante, si nos es lícito comparar al Señor con nosotros, aunque de manera más elevada, Cristo descende a la sombras de este mundo con las señales transitorias en El de esa futura gloria en la cual no pudo entrar hasta que hubo sufrido. La estrella brilló sobre El por un tiempo, pero luego desapareció.

Vemos la misma ley de la divina providencia, como puede llamarse, en otros casos también. Consideremos, por ejemplo, cómo la perspectiva de la pasión de nuestro Señor se abre a los apóstoles en la historia sagrada. ¿Dónde habían escuchado hablar de ella? “Moisés y Elías aparecían en gloria, y hablaban de su partida, que iba a cumplir en Jerusalén” (Lc 9,30-31). Es decir que el tiempo de su amarga prueba fue precedido por un corto atisbo de la gloria que vendría, cuando de repente fue transfigurado, “y el aspecto de su

3 Newman usa la expresión “tipo” en el preciso sentido bíblico que se aplica a aquellos personajes del Antiguo Testamento que son anticipo y figura de Cristo, es decir **tipos** de Cristo.



Los Reyes Magos presentan sus ofrendas al Niño Dios (Giotto).

rostro se mudó, y sus vestidos eran de una blancura deslumbrante” (Lc 9,29). Y con esta gloria en perspectiva nuestro Señor no aborreció el morir, como está escrito: “en lugar del gozo que se le proponía, soportó la cruz sin miedo a la ignominia” (Hebreos, 12,2).

Además, Él advirtió a sus apóstoles que debían ser perseguidos de igual manera por causa de la justicia, y ser afligidos y entregados, odiados y matados. Tal tenía que ser su vida en este mundo, “porque si solamente para esta vida tenían puesta su esperanza en Cristo, habrían sido los más dignos de compasión de todos los hombres”

(1 Cor 15,19). Observemos que la prueba de ellos también fue precedida por un tiempo de paz y amenidad, en anticipación de futura recompensa, pues antes del día de Pentecostés Cristo estuvo cuarenta días con ellos, calmándolos, consolándolos, confirmándolos, “hablándoles acerca de lo referente al Reino de Dios” (Hechos 1,3). Así como Moisés estuvo sobre la montaña y vio la tierra prometida y todas sus riquezas, y sin embargo Josué tuvo que pelear muchas batallas antes de tomar posesión, también los apóstoles, antes de descender al valle de las sombras de muerte, donde nada del cielo puede ser visto, es-

tuvieron en las alturas y vieron más allá de ese valle que tenían que cruzar la ciudad del Dios viviente.

Y así también San Pablo, después de muchos años de fatiga hace referencia al tiempo en que tuvo una visión celestial que anticipaba lo que sería su bienaventuranza al final. “Se de un hombre en Cristo”, dice refiriéndose a sí mismo, “el cual hace catorce años...fue arrebatado hasta el tercer cielo. Y se que este hombre...fue arrebatado al paraíso y oyó palabras inefables que el hombre no puede pronunciar” (1 Cor 12, 2-4). San Pablo, como los doce apóstoles, y como nuestro Señor antes que él, tuvo su breve tiempo de reposo y consolación antes de la batalla.

Y por último, también puede decirse que a la Iglesia toda se le otorgó una gracia similar al comienzo, en anticipación de lo que vendría al final. Sabemos demasiado bien que, de acuerdo al relato de nuestro Señor, el trigo estaría con la cizaña, y los peces de todas clases en la red, a lo largo de su permanencia en la tierra. Pero al final, los santos “están delante del trono de Dios, dándole culto día y noche en su Santuario... Ya no tendrán hambre ni sed; ya no les molestará el sol ni bochorno alguno. Porque el Cordero que está en medio del trono los apacentará y los guiará a los manantiales de las aguas de la vida” (Apo 7, 15-17), “pues afuera están los perros, los hechiceros, los traficantes de prostitutas, los asesinos, los idólatras, y quienquiera que ama la mentira”. Ahora bien, ¿no fue ensombrecida esta gloria futura en esa infancia de la Iglesia, cuando antes de ser abierto el sello de la nueva dispensación y comenzar la prueba “se hizo silencio en el cielo como una media hora” (Apo 8,1), y “los discípulos acudían al Templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios y gozando de la simpatía de todo el pueblo” (Hech 2, 46-47), mientras hipócritas y “mentirosos” como Ananías y Safira cayeron muertos y “hechiceros” como Simón fueron descubiertos y denunciados?

Para concluir, apreciemos con gratitud los tiempos de paz y alegría que se nos conceden aquí abajo. Cuidémonos de abusar de ellos, de descansar en ellos, de olvidar que son privilegios especiales, de dejar de esperar problemas y pruebas, que es la herencia que nos corresponde. La adversidad es nuestra herencia aquí, y no debemos pensar que es extraño cuando llega después de la paz. Con todo, Dios concede misericordiosamente un respiro aquí y allí, y quizás lo concede más cuanto más cuidadosos somos en no abusar del mismo. Debemos agradecerle por todos los tiempos, el de dolor y el de alegría, el de guerra y el de paz. Y cuanto más le agradezcamos por uno más tenderemos a agradecerle por el otro. Cada uno tiene su propio fruto y su peculiar bendición. Sin embargo nuestra carne mortal retrocede ante uno y prefiere el otro, prefiere el descanso que el trabajo, la paz que la guerra, la alegría que la pena, la salud que el dolor y la enfermedad. Cuando Cristo nos da, pues, lo que es placentero, tomémoslo como un refrigerio de paso, para que, cuando Dios diga, con la fuerza de ese alimento podamos caminar cuarenta días y cuarenta noches hacia el Horeb, el monte de Dios. Alegrémonos en Epifanía con temblor, para que en el tiempo de Septuagésima podamos entrar alegremente en la viña con los trabajadores, y podamos apenarnos en Cuaresma con gratitud. Alegrémonos ahora, no como si hubiéramos conseguido sino en la esperanza de conseguir. Tomemos nuestra felicidad presente, no como nuestro verdadero descanso, sino como la tierra de Canaán para los israelitas, tipo y sombra del mismo. Si ahora gozamos de los mandatos de Dios, oremos para que puedan prepararnos a Su presencia futura. Si gozamos la presencia de amigos, que nos recuerden la comunión de los santos ante Su trono. No confiemos aquí en nada, y aún así cobremos esperanza de cada cosa, para que al final el Señor pueda ser nuestra luz eterna, y los días de nuestro duelo puedan terminar.●—

Conferencia inaugural de las Jornadas sobre “John Henry Newman”, en la Universidad de Montevideo, 29 de agosto de 2001.

Newman, doctor en la verdad de Cristo y de la Iglesia

FERNANDO MARÍA CAVALLER

1. El título de esta conferencia puede parecer audaz por calificar a Newman de **Doctor**, pero, dejando de lado que la palabra no indica otra cosa que la condición de “maestro”, recoge como un eco las múltiples voces que desde hace tiempo vienen augurando la proclamación oficial de Newman como Doctor de la Iglesia. La voz más autorizada, por ser hoy el Papa, es lo que dijo el entonces cardenal Ratzinger en el Simposio de Roma, con motivo del centenario de la muerte de Newman: “Creo que el signo característico de un gran maestro de la Iglesia es que no solo enseña con sus ideas y sus palabras, sino también con su vida, porque en él, pensamiento y vida se compenetran y se determinan recíprocamente. Si esto es cierto, Newman pertenece ciertamente a los grandes maestros de la Iglesia, pues simultáneamente conmueve nuestro corazón e ilumina nuestro pensamiento”.

La innegable influencia de Newman en los más grandes teólogos del siglo XX, el hecho de haber sido citado en las deliberaciones del Concilio Vaticano II y luego textualmente en encíclicas y en el Catecismo de la Iglesia, la difusión verdaderamente universal de sus escritos, sumada la devoción a su persona, y las cosas que han dicho de él todos los papas desde León XIII, han des-

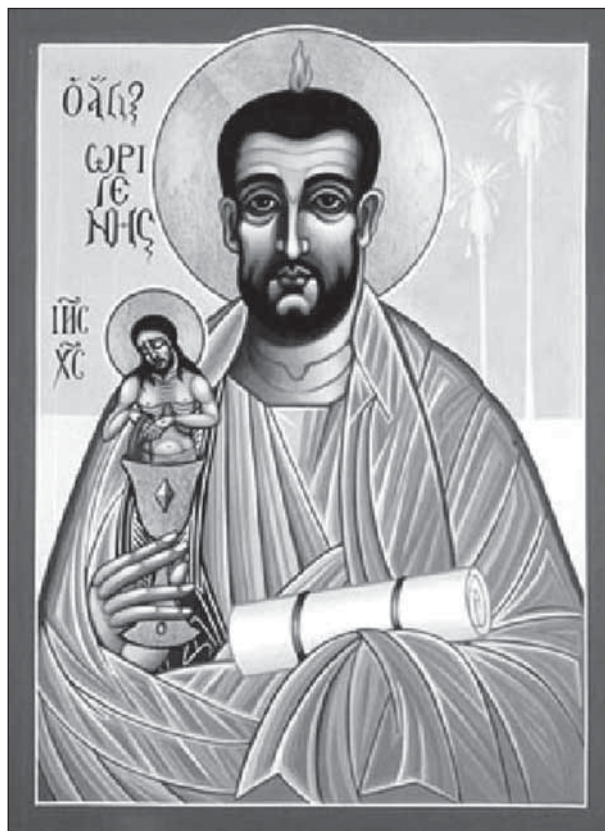
embocado en la beatificación, que el mismo Benedicto XVI presidió en su viaje oficial al Reino Unido en septiembre del año pasado. Ha sido el primer sello puesto por la Iglesia sobre su vida y pensamiento, y el anticipo de ese reconocimiento doctoral, que ya Pío XII había augurado, y que sólo será posible luego de su canonización, que esperamos pronto.

2. El título de la conferencia ha querido expresar a continuación que Newman es **Doctor en la Verdad**, lo cual parece redundante porque un maestro es precisamente tal si enseña la verdad, pero no lo es en el caso suyo, por el singular itinerario de su vida y la centralidad de la cuestión de la verdad, que él mismo resumió en su epitafio *Ex umbris et imaginibus in veritatem*. Y es Doctor en la Verdad como actitud fundamental que corresponde al ser humano, precisamente cuando en su época ya crecía la actitud relativista, que hoy vemos hecha cultura. Lo frecuente ha sido en las últimas décadas hablar de Newman y la verdad, o Newman, pasión de verdad. Esta búsqueda de la verdad sin concesiones fue la que lo llevó, paso a paso, al catolicismo, y a convertirse en guía de otros, entonces y ahora. En su abundante obra escrita encontramos, en cada época,

expresiones lúcidas y fervorosas que muestran ese talante. *Creo que lo que verdaderamente deseo es la verdad y donde quiera que la encuentre estoy dispuesto a abrazarla.*¹ *La Verdad se ha aceptado en el mundo no por su carácter de sistema, ni por los libros, ni por la argumentación, ni por el poder temporal que la apoyaba, sino por la influencia personal de quienes testificaron, tal como lo he explicado, siendo a la vez maestros y modelos de la misma.*² *La verdad no es patrimonio de ningún individuo, es absoluta y universal, la humanidad debería buscarla y profesarla en común.*³ *Tal es el curso de las cosas: promovemos la verdad por el sacrificio de nosotros mismos.*⁴ *Mi deseo ha sido el de tener la verdad como la amiga más querida, y ningún enemigo, salvo el error.*⁵

Estas afirmaciones nos permiten comprender que Newman nunca habla de la verdad como una abstracción o de verdades en plural sino de la Verdad con mayúscula que se refiere a Dios mismo, a su Revelación, que ha llegado a plenitud en Jesucristo. Su primera conversión a los 15 años fue una experiencia profunda de Dios, del Dios personal de la Biblia, que Newman sintetiza en la frase *Yo y mi Creador*. Y para terminar de describir esa experiencia dice: *Caí bajo la influencia de un credo definido y recibí en mi inteligencia impresiones de lo que es un dogma, que, por la misericordia de Dios, nunca se han borrado ni oscurecido.*⁶ Credo definido y dogma significan aquí la Palabra revelada en lenguaje humano. No fue una experiencia espiritual difusa, sino una experiencia inmediata de la ‘verdad de la Palabra de Dios’, de la realidad objetiva de la revelación cristiana tal y como se recibió en la Iglesia.

3. Newman dedicó muchos de sus escritos a la cuestión de la Revelación divina. Un aspecto fue considerar lo que los Santos Padres, especialmente San Clemente y Orígenes, habían dicho acerca de los elementos de verdad que pueden encontrarse fuera de la Revelación recogida en el Antiguo y Nuevo Testamento. En su primera



San Clemente de Alejandría

obra sistemática, de 1832, *Los arrianos del siglo IV*, dice: *Religión Revelada: es la doctrina enseñada en las dispensaciones mosaica y cristiana, contenida en la Sagrada Escritura, y que viene de Dios en un sentido en que ninguna otra doctrina se puede decir que venga de El...Pero, nunca hubo un tiempo en el que Dios no haya hablado al hombre, y le haya dicho hasta cierto punto su obligación.... Pareciera ser, pues, que hay algo verdadero y divinamente revelado en cada religión sobre la tierra, sobrecargadas, como puede ser, y a veces aún sofocadas por las impiedades que la voluntad y la inteligencia corruptas del hombre les ha incorporado...Esta vaga e incierta familia de verdades religiosas, que vienen desde Dios,... como peregrinos por todo el mundo,... se puede llamar la Dispensación del paganismo, según el sabio Santo Padre ya citado.*⁷ Por supuesto, advierte el riesgo que



Orígenes

suponía para los mismos autores alejandrinos mantener estas afirmaciones, que requieren distinciones importantes. *El único peligro al que estaba expuesta la doctrina alejandrina era el de confundir las dispensaciones de la Escritura con aquellas de la religión natural, como si fueran de igual autoridad, como si el Evangelio no tuviera motivo para reclamar la aceptación de la conciencia de todos los que lo escuchan, ni llegara a ser la piedra de toque de su condición moral ; como si la Biblia, tanto como el sistema pagano, no fuera más que parcialmente verdadera,...Esta es la herejía de los Neológicos hoy, como fue la de los Ecléticos en los tiempos primitivos...(Clemente) mantiene la supremacía de la Religión Revelada, en el sentido de ser de hecho la fuente y la comprobación de todas las otras religione.*⁸ En un ensayo de 1841 Newman vuelve a la cuestión: *El fenómeno, admitido en*

*todas partes, es este: que una gran parte de lo que en general se recibe como la verdad cristiana se encuentra, en sus rudimentos o en sus partes por separado, en las filosofías y religiones paganas [siguen ejemplos] Se arguye a partir de eso: 'Estas cosas pertenecen al paganismo, por lo tanto no son cristianas'. Nosotros, al contrario, preferimos decir: 'Estas cosas pertenecen al cristianismo, por lo tanto no son paganas'. Esto es, preferimos decir, y creemos que la Escritura nos corrobora, que desde el principio el gobernador moral del mundo ha esparcido las semillas de la verdad lejos y con amplitud sobre su extensión, que éstas se han enraizado de modo diverso y han crecido en el desierto, plantas salvajes, en efecto, pero vivas. Y de ahí que...las filosofías y religiones humanas tienen su vida en ciertas ideas verdaderas, aunque no sean directamente divinas.*⁹ Y en la *Apología* (1864) encontramos la memoria que hace de estas ideas de su época anglicana: *Me arrastró la amplia filosofía de Clemente y Orígenes...Estas doctrinas se basaban en el principio místico o sacramental, y hablaban de varias dispensaciones o economías del Eterno...la literatura, filosofía y mitología paganas habían sido mera preparación para el Evangelio. Los poetas y sabios griegos habían sido, en cierto sentido, profetas, "pues a estos sublimes bardos les fueron dados pensamientos más allá de su pensamiento". Hubo una dispensación directamente divina concedida a los judíos; pero hubo también, en cierto sentido, una dispensación en favor de los gentiles.*¹⁰

Está escribiendo aquí como católico, y al considerar esos elementos de verdad como 'preparatio evangelica' los ubica mejor respecto de la revelación, que él caracteriza como *variada, compleja, progresiva y completándose a sí misma.*¹¹ En continuidad con esta idea, y encontramos tres textos que hablan de la conversión al cristianismo como un verdadero desarrollo. El primero es del Tract 85 de 1839,¹² reproducido en su *Ensayo del desarrollo* de 1845¹³ e incluido en la colección de ensayos publicada en 1872, sin corrección alguna:¹⁴ *La verdadera religión es la cumbre y*



Escritorio de Newman sobre el cual escribió su *Apología pro vita sua*.

su primera idea religiosa a la última. Llegué a la conclusión de que, en verdadera filosofía, no hay medio entre ateísmo y catolicismo, y que un entendimiento perfectamente lógico, en las circunstancias en que se encuentra aquí abajo, debe abrazar lo uno o lo otro. Y todavía sostengo que soy católico en virtud de mi fe en Dios¹⁵. El tercer texto está en la *Gramática del asentimiento* de 1870: *Se concibe muy bien que un hombre haga en sus ideas religiosas toda la peregrinación desde el paganismo al catolicismo, pasando por el islamismo, el judaísmo, el unitarismo, el protestantismo y el anglicanismo. En todos estos pasos no perdió ninguna de sus certezas, sino que al contrario fue acumulando continuamente verdades nuevas que requerían de él y obtenían en su mente certezas siempre nuevas.*¹⁶

Ahora bien, estas consideraciones pueden hacerse solo desde la fe católica, es decir desde plenitud de la verdad revelada. *San Agustín nos dice que no hay doctrina falsa que no tenga mezclado algo de verdad... La fe católica, contiene en sí misma y reclama como propia toda la verdad que se pueda encontrar en cualquier parte, y, más importante aún, sólo la verdad. Esta es la influencia secreta con que la Iglesia se atrae a sí conversos de tan variadas religiones opuestas entre sí. Vienen, no a perder lo que tienen, sino a ganar lo que no tienen, y a fin de que mediante lo que tienen puedan recibir mucho más.*¹⁷ Es decir, el reconocimiento que hace Newman de los elementos de verdad que pudieran contenerse en las religiones paganas y en la misma filosofía, que son los que dan continuidad a la conversión al cristianismo, no niega sino que reafirma la plenitud de la Revelación cristiana, sin la cual habrían quedado dispersos y mezclados de error. Así dice en un *Sermón Universitario* de 1830: *La religión natural... tenía elementos proporcionados a los sentimientos religiosos más auténticos y profundos, pero no ofrecía una historia tangible de Dios, ni los rasgos de su carácter personal... El Dios de la filosofía era infinitamente grande, pero era una abstracción; el Dios del paganismo era inteligible, pero degra-*

*la perfección de las religiones falsas; reúne, en una religión única, todo lo bueno y verdadero que poseen las demás... Hasta el punto que si un espíritu religioso, educado en cualquier forma de paganismo o de herejía, y sinceramente ligado a ella, fuera un día conducido a la luz de la verdad, abandonaría su error para creer en la verdad, sin perder lo que poseía, pero adquiriendo lo que no poseía, sin ser “despojado” sino “revestido”, exactamente como “el cuerpo será revestido por la inmortalidad” [1 Co 15,54]... Lo que debe ser rechazado como absolutamente falso de esta enseñanza anterior, no lo será directa sino indirectamente por la recepción de la verdad que le es contraria. La verdadera conversión tiene un carácter positivo y no negativo. Este era el método que empleaba San Pablo en Atenas en las discusiones religiosas. El segundo texto está en la *Apología* de 1864, aplicando el principio del desarrollo a la fe religiosa, de modo que hay una concatenación de argumentos por la que el entendimiento asciende desde*

dado por concepciones humanas. La sabiduría y la naturaleza no pudieron realizar una obra de conjunto. Quedó pendiente, hasta que llegara una revelación explícita, el ofrecimiento del Objeto en el cual ambas se reconciliarían... La revelación nos sale al encuentro con ‘hechos’ sencillos y ‘acciones’ claras, no con laboriosas inducciones a partir de ciertos fenómenos que se dan en el mundo, no con leyes generalizadas o conjeturas metafísicas, sino con ‘Jesús y la resurrección’ (Hch 17,18)... La vida de Cristo reúne y concentra verdades que se refieren al bien principal de nuestro ser y a la leyes que lo rigen, verdades que andan sueltas, baldías y abandonadas en la superficie del mundo moral... nos revela que el principio del bien... es una Persona... Éste es, por tanto, el sistema revelado en comparación con el natural: enseña las verdades religiosas históricamente, no mediante indagación teórica.¹⁸ Newman insistirá muchas veces en este carácter histórico del cristianismo, esto es, basado en hechos reales, que lo distingue de toda otra manifestación religiosa de la humanidad. Lo dicho en este sermón lo encontramos nuevamente en el *Ensayo sobre el desarrollo* de 1845. Entre el cristianismo y las religiones y filosofías por las que se hallaba rodeado... existía esta diferencia cardinal: ...comenzó con el principio de que sólo existía “un Dios y un Mediador” [1 Tim 2,5], y que Aquel que “muchas veces y de muchos modos habló en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas, en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo” [Hb 1,1-2]... Este mensaje era gracia y era verdad. Que existe una verdad, una única verdad... Este es el principio dogmático que tiene fortaleza.

4. Entonces, la Verdad es Jesucristo, plenitud de la Revelación. Llegados a este punto, encontramos en el corazón de la teología de Newman que es el misterio de la Encarnación. Aquí se ve con claridad cómo se ha nutrido del pensamiento de los Padres alejandrinos. Dice en el mismo ensayo: *En alguna ocasión se ha intentado determinar, como se la ha llamado, la “idea prin-*

cipal” del cristianismo.... Algunos han dicho que es la restauración de la raza caída, otros la filantropía, el anuncio de la inmortalidad, la espiritualidad del verdadero servicio religioso, la salvación de los elegidos, la libertad mental, o la unión del alma con Dios. ...En este sentido yo mismo debería situar la Encarnación como doctrina central del cristianismo... la verdad central del Evangelio Esta gran doctrina se encuentra enunciada sin lugar a dudas en innumerables pasajes del Nuevo Testamento, especialmente por san Juan y san Pablo, tal como nos resulta familiar a todos : “Y la Palabra se hizo carne, y puso su morada entre nosotros, llena de gracia y verdad” [Jn 1,14].¹⁹ Se puede seguir la cristología de Newman desde su escrito sobre los arrianos, donde resume aquellas controversias del siglo IV y expone a la vez el misterio del Logos preexistente y encarnado. Volverá a hacerlo de modo homilético en muchos de sus sermones. Como él mismo dice: *La auténtica predicación evangélica es insistir en la Persona, naturaleza, atributos, funciones y obra de Aquél que nos ha regenerado y está dispuesto al Perdón. Predicar el Evangelio es predicar a Cristo.*²⁰ Luego, continúa su cristología diciendo: *La Encarnación es el antecedente de la doctrina de la mediación.*²¹ *Cristo es ‘el’ Mediador, el único y solo Mediador.*²²

Ahora bien, hasta aquí nos ha llevado Newman, y precisamente por ello es hoy Doctor en la Verdad de Cristo. Porque hoy se ha extendido la afirmación de Jesús como un mediador más entre otros, y la encontramos en gente común. Hay una atmósfera cargada de relativismo religioso, que iguala el cristianismo a las religiones de la humanidad. El intento de explicar qué pasa con las salvación de los no cristianos ha devenido muchas veces en la negación de la Verdad revelada, cuya plenitud es la Persona de Jesucristo, el Salvador universal. Y que esto lo piense gente común proviene, en gran medida, de la difusión que han tenido ciertas teologías. Sigue resonando aquello del “cristiano anónimo” (Rahner), de la experiencia “atemática” de lo divino. Que ninguna figura espiritual es

palabra divina final y completa (Samartha). Que hay una “pluralidad de epifanías del Logos divino”, y que en Jesús no se encuentra toda la divinidad del Logos, que es sólo el “avatar cristiano” (Pannikar). Que el cristianismo será respuesta si consigue superar su propio “particularismo” (Tillich). Que las categorías de verdad/falsedad no son aplicables a las religiones, y la diversidad es el dato absoluto (Wilfrid Smith). Que debe reconocerse a todas las religiones “la misma eficacia” (Jacques Dupuis). Que hay que prescindir de la naturaleza única y necesaria del cristianismo y reducir todas las religiones a un mínimo común denominador, que ni se lo llama Dios sino “Realidad infinita última”, a la que responde de modo diferente cada religión, es decir la búsqueda de la unidad religiosa disolviendo lo particular de cada religión, sobre todo el cristianismo, por supuesto. Porque a fin de cuentas Jesús no se consideró el Logos encarnado y la Trinidad es un invento de la Iglesia (John Hick). Allí salió a responder el cardenal Ratzinger en 1996, en aquella notable conferencia de Guadalajara. Y en el año 2000 el Papa aprobó *Dominus Jesus*, que responde a toda la cuestión. La realidad es que vivimos cada vez más rodeados de esta concepción indiferentista que se va haciendo cultura.

La diferencia básica entre esta postura y la de Newman, que es la nuestra, la de la Iglesia, es la actitud que adopta ante el problema teológico de la “verdad”. El gran problema actual es, sin duda, el relativismo filosófico y teológico. La Iglesia valora lo verdadero de las religiones desde el trasfondo de la verdad de la propia fe. Por tanto, no atribuye una misma validez a la pretensión de verdad de las otras religiones. Si hiciera esto, sería indiferente, es decir no tomaría en serio ni la verdad propia ni la ajena. El pluralismo religioso, cuando no es solamente un dato de la realidad sino que comienza a ser una postura teológica, o una meta, es contradictorio en sí mismo. La teología pluralista quiere conseguir la unidad quitando valor a las diferencias, o eliminándolas, reduciendo o suprimiendo la capacidad de verdad de las afirmaciones teológicas,

como si fueran productos puramente culturales o mitológicos. En definitiva, reduce los contenidos de la fe.

El núcleo de una auténtica teología cristiana es, en cambio, afirmar: que hay una voluntad salvífica universal que está unida a la Encarnación del *Logos*, porque el Dios que quiere salvar a todos es el Padre de Nuestro Señor Jesucristo; que no hay un *Logos* que no sea *Jesús*; que no hay un Espíritu Santo que no sea el *Espíritu de Cristo*; que hay que excluir economías diversas para los que creen en Jesús y lo que no creen; que la Iglesia es sacramento universal de salvación; que la misión de predicar y llevar a Cristo es esencial a la Iglesia; que no se opone misión y diálogo; y que la base de todo diálogo con las religiones y con la misma cultura vigente puede ser posible donde se reconoce la exigencia de la Verdad. Esa Verdad de la que no somos dueños, sino servidores. En definitiva, que la Verdad no está a nuestra disposición, como dice el papa Ratzinger.

Ahora bien, esa teología pluralista no apareció de la noche a la mañana. Newman ya la vio presente en su época. Inglaterra fue la que se destacó más en estos planteos. Aquel imperio inmenso que se extendió en el siglo XIX por todo el mundo, conoció de cerca las culturas y religiones orientales y de regiones remotas, y hubo estudiosos que entraron en planteos de igualitarismo donde la Verdad ya no importa. El indiferentismo religioso creció, porque donde todo es verdad nada es verdad y todo da lo mismo. Además, esta actitud la incentivaron los políticos, que buscaban quedar bien con todos. En el Parlamento ya no estaba solamente el anglicano de la High Church tradicional sino que habían comenzado a ingresar protestantes puritanos, metodistas, evangélicos (la Iglesia Baja), y también unitarios y latitudinarios (Iglesia ancha), y hasta católicos... Pero lo que imperaba era eso que Newman llamaba “liberalismo religioso”. Contra eso luchó toda su vida, como anglicano y como católico. Y su última palabra fue el famoso discurso cuando recibió en Roma el capelo cardenalicio en 1879: *Me alegra*



Newman ya nombrado cardenal (retrato de Claude Pratt, 1879).

decir que me he opuesto desde el comienzo a un gran mal. Durante treinta, cuarenta, cincuenta años, he resistido con lo mejor de mis fuerzas al espíritu del liberalismo en religión...El liberalismo religioso es la doctrina que afirma que no hay ninguna verdad positiva en religión, que un credo es tan bueno como otro, y esta es la enseñanza que va ganando solidez y fuerza diariamente. Es incongruente con cualquier reconocimiento de cualquier religión como verdadera. Enseña que todas deben ser toleradas, pues todas son materia de opinión. La religión revelada no es una verdad, sino un sentimiento o gusto; no es un hecho objetivo ni milagroso, y está en el derecho de cada individuo hacerle decir tan sólo lo que impresiona a su fantasía. La devoción no está necesariamente fundada en la fe. Los hombres pueden ir a iglesias protestantes y católicas, pueden aprovechar de ambas y no pertenecer a ninguna. Pueden fraternizar jun-

tos con pensamientos y sentimientos espirituales sin tener ninguna doctrina en común, o sin ver la necesidad de tenerla... El carácter general de esta gran apostasía es uno y el mismo en todas partes... Nunca ha habido una estrategia del Enemigo ideada con tanta inteligencia y con tal posibilidad de éxito.

5. Unida a la cristología de Newman, está su eclesiología, que contesta también magistralmente a una cuestión que quisiera poner de relieve, y que justifica la última parte del título de esta conferencia: Newman es Doctor en la Verdad de la Iglesia.

En primer lugar, Newman supera de entrada la concepción protestante de las dos Iglesias: la Iglesia visible institucional y la Iglesia invisible de los corazones y elegidos. Desarrolló una eclesiología sacramental, que seguía la lógica de la Encarnación unida a la del Espíritu Santo. Es decir, la Iglesia como “misterio”. *Es un cuerpo visible, dotado de...o existente a base de dones invisibles, pero la Iglesia dejaría de serlo si el Espíritu Santo la abandonara, ya que sus ritos y formas exteriores son nutridos y animados por la fuerza interior que habita en ella... Podemos hablar de Iglesia visible e invisible en cierto sentido, como de dos aspectos de una misma y única cosa, distintos sólo en nuestros espíritus y no en la realidad [siguen ejemplos]. Lo mismo ocurre aquí. La Iglesia se llama visible, por ejemplo, porque incluye a clérigos y laicos, e invisible, porque basa su vida y su fuerza sobre influencias y gracias ocultas a nuestros ojos, venidas del cielo. Dividirla en dos sería realmente como dividir una línea curva, diferenciándola, como suele decirse, en cóncava y convexa. Lo que es convexo vista desde el exterior, es cóncavo vista desde el interior...Hablando con propiedad el cuerpo entero es la única Iglesia, formado por todas las generaciones, aunque la Iglesia de nuestro tiempo sea una parte...y en el mundo futuro la Iglesia completa quedará reunida en la Unidad, dondequiera que vivan sus miembros.*

²³ Esta unidad proviene de su principio vital: el



Sesión del Concilio Vaticano II (1962-1965).

‘Espíritu’ viviente de Dios descendió sobre ella en Pentecostés y la hizo ‘una’ al darle vida. Y ambas partes son una sola realidad que el Credo llama la Comunión de los santos, nombre propio de la Iglesia que habla a la vez de su “unidad” y de su “santidad”, como obra del Espíritu. Newman ve también la “catolicidad” de la Iglesia en conexión a su dimensión invisible. Este cuerpo ‘invisible’ es la ‘verdadera’ Iglesia, ya que no cambia, aunque crezca sin cesar. Lo que posee lo conserva para no perderlo nunca, mientras que lo visible es fugaz y transitorio, y pasa sin cesar a lo invisible.²⁴ En cuanto a su “apostolicidad”, la Iglesia es esa sola y única compañía que los cristianos conocen hasta ahora, establecida en Pentecostés, con los apóstoles como fundadores, sus sucesores como gobernantes, y todo el pueblo cristiano como miembros...En esta Iglesia visible es

moldeada y madurada gradualmente la Iglesia invisible.²⁵ El mundo invisible, por el secreto poder y misericordia de Dios, irrumpe en este mundo, y la Iglesia visible es precisamente la parte en donde irrumpe. Esta naturaleza humano-divina de la Iglesia es también la que funda su autonomía respecto del Estado. Esta Iglesia visible depende sólo de la Iglesia invisible, no del poder civil, ni de príncipes, ni de ningún hijo de hombre, ni de sus talentos, ni de su número.²⁶ Tal era la prédica del Movimiento de Oxford.

Por otra parte, el Espíritu Santo es el Espíritu de Cristo y su obra en la Iglesia es precisamente formarla como “Cuerpo místico de Cristo”. *El Don celestial no es llamado simplemente Espíritu Santo o Espíritu de Dios sino Espíritu de Cristo, de modo que quede claramente entendido que viene a nosotros desde y en vez de Cristo.²⁷ El Es-*

*píritu Santo no ha venido para suplir la ausencia de Cristo sino para consumir su presencia.*²⁸ *Tal como hay un solo Espíritu Santo, así también hay un solo Cuerpo visible de cristianos... y un solo Bautismo que admite a los hombres a formar parte del mismo. Esto está implicado en el texto de San Pablo: “Todos hemos sido bautizados por el mismo Espíritu para formar un solo cuerpo”.*²⁹ Newman ve la Iglesia como la continuidad de la lógica de la Encarnación, y entonces nos confirma también aquí acerca del papel de la Iglesia respecto de la salvación de los hombres.

Por esto mismo la Iglesia es la depositaria y transmisora de la Revelación, que no está contenida solamente en la Escritura sino en la Tradición. Muy tempranamente Newman abandona la idea protestante de la ‘sola Scriptura’ para afirmar la Tradición viva de la Iglesia. *Las palabras “norma de la fe” que ahora comúnmente se entiende que significan la Biblia a secas...corresponden propiamente a la Biblia y la tradición católica juntas. Ambas en conjunto constituyen una norma combinada; la Escritura se interpreta por la tradición, la tradición se verifica por la Escritura.*³⁰ La Iglesia es *guardiana e intérprete de la Escritura. Y la misma Escritura contiene lo que puede denominarse la “carta constitucional” de esta función de la Iglesia...* “La Iglesia del Dios vivo, columna y base de la verdad” (1 Tim 3,15).³¹ [La Escritura] *no es su propio intérprete, y, como hecho histórico, ha sido siempre dada a los individuos con un intérprete externo a sus lectores e infalible, esto es, con una Tradición eclesiástica, derivada en primer término de los Apóstoles.*³²

Dichas estas cosas esenciales, Newman nos lleva a otro aspecto de la naturaleza de la Iglesia que tuvo en él una importancia decisiva, ya que fue el que le llevó a la conversión. En su afán de renovar la Iglesia anglicana, no se remitió solo al origen de la misma en el siglo XVI ni a los teólogos anglicanos más prominentes. Newman fue a buscar la Iglesia antigua de los primeros siglos, y leyó a los Santos Padres. Allí quería encontrar la garantía del anglicanismo. La Iglesia

de los Padres era la continuación más legítima de la Iglesia Apostólica, la tradición que había mantenido el contenido de la fe y la validez de los sacramentos. La antigüedad era la clave: la Iglesia Anglicana tenía que parecerse a la antigua Iglesia de los Padres. Esa era la reforma necesaria para su identidad. Según él, ni el protestantismo ni el romanismo eran fieles a la Iglesia antigua. Newman introduce en la teología el método histórico. Pero esto no significaba hacer arqueología de un pasado remoto.

La posibilidad de unir la Iglesia antigua con la actual la encontró en el principio del “desarrollo”. Newman dio el primer paso en su obra sobre los *Arrianos*, de 1833: las definiciones patrísticas son elaboraciones conceptuales de los fundamentos bíblicos. En 1834, en uno de los *Tracts for the times*, afirma que *los artículos de la fe estuvieron todos ocultos, por así decir, en el seno de la Iglesia desde el comienzo, y fueron dados a luz formalmente de acuerdo a la ocasión.*³³ En la obra sobre el *Oficio Profético de la Iglesia*, de 1837, aplica estas ideas solamente al período patrístico, en el que emerge el dogma cristiano. Pero al ver la dinámica de toda la historia de la Iglesia, y después de aquellos estudios sobre el monofisismo, donatismo y arrianismo, abandonará la antigüedad como único argumento, al aparecer en primer plano la catolicidad. En 1843, en el último de sus *Sermones Universitarios, Teoría del desarrollo de la doctrina religiosa*, aborda el tema específicamente, cuestión vital en cuanto a su pertenencia al anglicanismo. Ya está viviendo en Littlemore. *Los credos y dogmas viven en la idea única, para expresar la cual han sido propuestos, y sólo ella tiene consistencia propia.*³⁴ La “idea única” era el cristianismo. La Revelación es la “idea” cristiana impresa en la mente corporativa de la Iglesia apostólica, que se va explicitando en los Credos y otras formas de definición dogmática, fruto del trabajo teológico. *El contacto con la realidad de Dios es la vida propia de los desarrollos auténticos; esto es peculiar de la Iglesia y es lo que justifica sus definiciones.*³⁵ Como último paso escribe en 1845 el ensayo *Sobre el de-*

*sarrollo de la doctrina cristiana, para demostrar que Roma no había agregado dogmas a la fe de la Iglesia primitiva. Newman ofrece aquí el “hecho” histórico como evidencia de un desenvolvimiento, que difiere por un lado de una pura “inmutabilidad”, y por otro de la “corrupción”. Dice en la Apología: Vi que el principio del desenvolvimiento no sólo explicaba ciertos hechos, sino que era en sí mismo un notable fenómeno filosófico que da carácter a todo el curso del pensamiento cristiano. Se lo podía descubrir desde los primeros años de la enseñanza católica hasta el día de hoy, y daba a esta enseñanza unidad e individualidad. Servía como verificación, que el anglicano no podía presentar, de que la Roma moderna era, en verdad, la antigua Antioquía, Alejandría y Constantinopla, exactamente como una curva matemática tiene su propia ley y expresión.*³⁶ Newman no dudará en afirmar: *Los Padres me hicieron católico.*³⁷ Christopher Dawson dice en relación al ensayo que “la evidencia acumulada por el pasado cristiano lo conducían a la total aceptación del presente católico”.³⁸ En efecto, en el ensayo presenta las siete “notas” que distinguen un desarrollo legítimo de uno ilegítimo o corrupto. Remarquemos las palabras :1) la *preservación* del tipo original frente al impacto de alguna cosa nueva, 2) la *continuidad* de los principios , 3) el poder de *asimilación* de otra materia a la idea original, 4) la *coherencia* lógica, 5) la *anticipación* temprana de modo parcial aquí y allá, 6) la *actitud conservadora* del pasado, que da pasos para preservar la vieja idea en una forma nueva, 7) el vigor *perenne*.

Nuevamente Newman se nos presenta como Doctor, ahora en la Verdad de la Iglesia. Según la terminología de Newman, el cristianismo es precisamente una “idea”. Ahora bien, el riesgo es que cuanto más lejos se aparta una cosa de su origen o fuente más probable es que pierda su carácter original. Pero Newman afirma que mientras *se dice por cierto muchas veces que el arroyo es más claro cerca de la fuente*, esto no es verdad en el tipo de idea de la que está hablando. *Cualquiera sea el uso que se pueda hacer recta-*

mente de esta imagen, no se aplica a la historia de una filosofía o creencia, que por el contrario es más uniforme, más pura y más fuerte cuanto más profundo, amplio y pleno ha llegado a ser su lecho. Lo irónico es que las famosas palabras que aparecen en la conclusión de esta sección sean regularmente citadas fuera de contexto para decir lo opuesto a lo que Newman quiso: *En un mundo más elevado ocurre de otro modo, pero aquí abajo vivir es cambiar, y ser perfecto es haber cambiado a menudo.* Inmediatamente antes dice: *Cambia con ellas* [las circunstancias externas] *en orden a permanecer la misma*³⁹. La cuestión no es que el catolicismo, la Iglesia, tiene que cambiar o desarrollarse en orden a ser diferente sino a ser *la misma*. Es decir, el desarrollo auténtico pide continuidad.

Ahora bien, todo esto nos habla en consonancia con lo que el papa Benedicto XVI señala desde los primeros meses de su pontificado. “Por una parte existe una interpretación que podría llamar ‘hermenéutica de la discontinuidad y de la ruptura’; a menudo ha contado con la simpatía de los medios de comunicación y también de una parte de la teología moderna. Por otra parte, está la ‘hermenéutica de la reforma’, de la renovación dentro de la continuidad del único sujeto-Iglesia, que el Señor nos ha dado; es un sujeto que crece en el tiempo y se desarrolla, pero permaneciendo siempre el mismo, único sujeto del pueblo de Dios en camino. La hermenéutica de la discontinuidad corre el riesgo de acabar en una ruptura entre Iglesia preconiliar e Iglesia posconiliar”.⁴⁰ Es decir, que la verdadera realización de las enseñanzas del Vaticano II sólo puede darse en continuidad y no en ruptura con la tradición viva de la Iglesia. Hermenéutica de la continuidad.

Si vamos más allá del Concilio y de la Iglesia, la enseñanza de Newman acerca del desarrollo es un correctivo o una curación a la actitud post-moderna, vigente como cultura, de ignorar la historia, o de romper con ella. *La historia del pasado termina con el presente, y el presente es la tesitura desde la que emitimos nuestros jui-*

cios, y para adoptar una actitud correcta hacia los diversos fenómenos de ese presente debemos entenderlos; y para entenderlos, debemos recurrir a aquellos acontecimientos del pasado que condujeron a este presente. Así, el presente es un texto y el pasado su interpretación. Cuando no se preocupan por la verdad histórica, los hombres llegan a la vida, toman lo que allí encuentran y le añaden su propia interpretación... hoy el peligro es más bien que, debido a una ignorancia total de la Historia, nos veamos forzados a decidir sobre cada acción o cada principio tan

*sólo por el único criterio que nos queda: el de una conveniencia visible.*⁴¹

En el trasfondo de este pensamiento se sitúa la convicción en la fe que tenía Newman acerca de la Providencia de Dios, y de su actuación tanto en la historia personal como en la historia de la humanidad, pasada, presente y futura.

No presumo de demostrar aquí lo que solamente la Iglesia puede definir, pero cuanto más nos acercamos a la vida y el pensamiento del Beato John Henry Newman más lo reconocemos como el gran Doctor de la Iglesia de nuestro tiempo.●—

NOTAS

- 1 AW 128, 1824.
- 2 OUS V, 1832
- 3 Dev, 79. 1845 (1878)
- 4 Apo, 36. 1864
- 5 Prólogo a la Via Media, edición 1871.
- 6 Apo, 31.
- 7 Ari, 80-81.
- 8 Ar, 87.
- 9 ECH II, 231-232. 1841.
- 10 Apo, 26-27.
- 11 ECH II, 233.
- 12 Tract 85, vol V, 73
- 13 Dev, p.229.
- 14 Discussions and Arguments, III, 200-201. 1873.
- 15 Apo, 203.
- 16 GA, 251.
- 17 GA, 249.
- 18 OUS II, *La religión natural, camino hacia la revelada*, 1830.
- 19 Dev, 33, 302.
- 20 Jfs, 325-26.
- 21 Dev 121
- 22 *On the divine nature of our Mediator*, MS 177, n° 27 vol I, 1828.
- 23 PPS III, 16, *La Iglesia visible e invisible*. 1835.
- 24 idem
- 25 PPS III, 17, *La Iglesia visible, aliento para la fe*. 1834.
- 26 PPS IV, 11, *La Comunión de los Santos*. 1837.
- 27 PPS II, 19, *La inhabitación del Espíritu*. 1834.
- 28 PPS VI, 10, *La presencia espiritual de Cristo en la Iglesia*. 1838.
- 29 PPP III, 19, *El bautismo regenerador*, 1835.
- 30 VM I, 351.
- 31 VM I, 279.
- 32 ECH, I, *Apostolical Tradition*, p.103.
- 33 Tract 41, *Via Media II*, p.5. 1834.
- 34 OUS XV, 331-334.
- 35 idem, 335-336
- 36 Apo 202.
- 37 Diff, *Letter to Pusey*, p.24. 1864.
- 38 Cf. Antúñez Aldunate, *Filosofía de la Historia en Christopher Dawson*, p. 26-27.
- 39 Dev, 40.
- 40 L'Osservatore Romano, 30 de diciembre de 2005, pag.10.
- 41 ECH II, pp 250-253

Candelaria

(Canción)



CANDLEMAS (A Song)

*The Angel-lights of Christmas morn,
Which shot across the sky,
Away they pass at Candlemas,
They sparkle and they die.*

*Comfort of earth is brief at best,
Although it be divine;
Like funeral lights for Christmas gone
Old Simeon's tapers shine.*

*And then for eight long weeks and more,
We wait in twilight grey,
Till the high candle sheds a beam
On Holy Saturday.*

*We wait along the penance-tide
Of solemn fast and prayer;
While song is hush'd, and lights grow dim
In the sin-laden air.*

*And while the sword in Mary's soul
Is driven home, we hide
In our own hearts, and count the wounds
Of passion and of pride.*

*And still, though Candlemas be spent
And Alleluias o'er,
Mary is music in our need,
and Jesus light in store.*

*Las luces que cruzaron el cielo
la mañana de Navidad,
en Candelaria están ya lejos,
centellearon y murieron.*

*En la tierra, el consuelo, aun el divino,
es, a lo más, breve. Como lámparas
de duelo por la Navidad ya ida
brillan las candelas del anciano Simeón.*

*Y así por largas ocho semanas, y más,
aguardamos en un crepúsculo gris,
hasta que el rayo del cirio resplandece
el Sábado Santo.*

*Esperamos en la estación de penitencia,
en ayuno solemne y en plegaria.
Se acallan los cantos y se atenúan las luces
en el aire denso de pecado.*

*Mientras la espada encuentra su camino
en el alma de María,
escondidos en nuestro corazón vamos contando
las heridas de la pasión y del orgullo.*

*Y pese a todo, aunque haya concluido
la Candelaria, y calla el Aleluia,
María es música para nuestra pena
y la luz de Jesús está ya pronta.*

The Oratory 1849

El Oratorio 1849

Conferencia en el “Homenaje al Beato John Henry Newman”

Facultad de Derecho,

UNIVERSIDAD CATÓLICA ARGENTINA

25 de octubre de 2011

Newman y “La idea de una universidad”

FERNANDO MARÍA CAVALLER

El Papa Benedicto XVI beatificó el 19 de septiembre del año pasado a John Henry Newman, en la Misa final de su visita oficial al Reino Unido. En un pasaje de la homilía dijo así: “Me gustaría rendir especial homenaje a su visión de la educación, que ha hecho tanto por formar el ethos que es la fuerza motriz de las escuelas y facultades católicas actuales. Firmemente contrario a cualquier enfoque reductivo o utilitarista, buscó lograr unas condiciones educativas en las que se unificara el esfuerzo intelectual, la disciplina moral y el compromiso religioso. El proyecto de fundar una Universidad Católica en Irlanda le brindó la oportunidad de desarrollar sus ideas al respecto, y la colección de discursos que publicó con el título *La Idea de una Universidad* sostiene un ideal mediante el cual todos los que están inmersos en la formación académica pueden seguir aprendiendo”.

Estas palabras por sí solas justifican que nos ocupemos aquí de Newman y la Universidad, recordando que el suyo no fue sólo un pensamiento teórico sino fruto de su experiencia personal: anglicano en Oxford, como fellow y tutor en el Oriel

College, y católico en Dublín, como fundador y rector de la Universidad Católica de Irlanda. Vivió entre 1801 y 1890, y se convirtió en 1845, y en su paso del anglicanismo al catolicismo mantuvo los mismos principios esenciales, a los cuales pretendo acercarme en esta exposición.

I

Sacerdote anglicano y fellow, predicó en Oxford, además de sus 604 *Sermones parroquiales*, otros 15, entre 1826 y 1843, titulados *Sermones Universitarios*,¹ como orador oficial elegido por la Universidad, verdaderos discursos académicos que tratan la **relación entre razón y fe**, una cuestión que abordó hasta el final de su vida. En la Inglaterra del siglo XIX predominaban dos posiciones antagónicas sobre la misma. Newman se mantuvo distante y crítico tanto del racionalismo como del fideísmo religioso. Estos *Sermones* son el antecedente anglicano de su discurso católico sobre la Universidad y su cometido.

El primero de la serie² presenta el conflicto vigente: *Pocas acusaciones han lanzado los increí-*

dulos más a menudo contra la religión revelada que la insistencia en que ésta es hostil al avance de la filosofía y de la ciencia...Así, el cristianismo ha sido presentado como un sistema que se interpone en el camino del progreso, sea en política, en educación o en ciencia; se sugiere que estaba adaptado al nivel de los conocimientos, y que contribuyó a la felicidad de la época en que se introdujo, pero que es un prejuicio positivo en tiempos más ilustrados. Newman responde: La ciencia y la revelación están de acuerdo en suponer que la naturaleza se rige por leyes uniformes y fijas. El malentendido proviene de otra cuestión: algunos autores han querido confundir la fe judeo-cristiana con las otras religiones y las supersticiones populares que carecen de principios básicos y no pretenden apoyarse en ningún razonamiento. Puede darse oposición entre fe y razón... cuando una u otra se mete en el campo que no le corresponde...Sería un absurdo aplicar los mensajes de la Escritura, cuyo objetivo es religioso, a la solución de cuestiones de ciencia física. En cuanto a las extralimitaciones de la razón, pueden fecharse a partir de la Reforma; en aquel momento la razón emprendió la obra de reparación de lo que había demolido, y de reformular la demostración del cristianismo de una manera independiente tanto de la Iglesia como de la ley natural. De este modo la razón de la edad moderna minó la confianza en la Iglesia, la Escritura cayó en manos de eruditos sin fe, y apareció una ética racional o utilitaria.³ Pero no hay verdadera oposición ni exclusión: la fe es un acto de la razón, pero de aquella razón que el mundo califica de débil, defectuosa o insuficiente, porque se apoya en los supuestos previos más que en las pruebas...La fe es el razonar de un espíritu religioso.⁴ Por eso, la fe no puede existir sin fundamentos o sin un contenido...Y a medida que la mente reflexiona sobre sí misma, será capaz de “dar explicaciones” sobre lo que cree y espera. Pero hay que distinguir entre el simple razonar y el argumentar: Todos tienen alguna razón, pero no todos pueden darla. Existe una razón implícita, y una razón explícita. La

implícita es la que presenta la fe de la mayoría, y la explícita corresponde a las palabras ciencia, método, desarrollo, análisis, crítica, prueba, sistema, principios, normas, etc, el modo de razonar propio de la ciencia, y de la teología⁵.

Newman incluye siempre el método histórico en sus reflexiones, y en cuanto a la relación fe-razón, lo aplica en el último sermón de la serie, *Teoría del desarrollo de la doctrina religiosa*⁶, donde presenta un cuadro histórico desde la era apostólica para mostrar que con el tiempo, el pensamiento entero del mundo fue asimilado por la filosofía de la Cruz, como el elemento en que vivía y la forma en que era remoldeado. Ya en el siglo II aparece claro el uso de la razón para investigar las doctrinas de la fe. Este universo intelectual – todo el ámbito del pensamiento teológico cristiano – es la expansión de unas palabras más bien breves y ocasionales, pronunciadas por los pescadores de Galilea. Newman quiere señalar la aparición y desarrollo de la teología como lugar de encuentro entre fe y razón, legitimándola como ciencia. La Verdad revelada se convierte de manera espontánea, o incluso necesaria, en tema de reflexión por parte de la misma mente, la cual procede a investigarla y a proyectarla en una serie de frases distintas....Los fundamentos de la filosofía, de la física, de la ética, de la política...pueden ser objeto de recepción implícita y de formulación explícita. ¿Por qué las ideas que constituyen la vida profunda de los cristianos no tendrían que ser reconocidas también como lo bastante precisas y definidas para ser susceptibles de análisis científico? ¿Por qué no podría haber en materia religiosa aquella vinculación real entre la ciencia y su objeto, que existe en otros campos del pensamiento? Hace ver, además, que no sólo en las cosas de la fe sino en las de las ciencias exactas, la verdad total se presenta como “misterio”.

La unión de razón y fe, de ciencia y teología, presupone un objetivo básico en la educación, que Newman propone en el penúltimo sermón⁷. Lo llama *amplitud mental, o sabiduría, o filosofía, o cultura*. Dice que la expansión del espí-

ritu ocurre, por ejemplo, al viajar, *ver el mundo, relaciones con toda clase de personas, contacto con los principios y métodos de pensamiento de grupos, intereses o naciones distintos, con sus opiniones, pareceres, objetivos, costumbres y modales, con sus credos religiosos y formas de culto; todo esto, sea bueno o malo, es corriente denominarlo amplitud de miras o cultura práctica.* De modo aún mayor, *el conocimiento de la historia y el de los libros en general, en una palabra, lo que se entiende por educación académica, se dice que ilustra y ensancha la mente; y viceversa, se supone que la ignorancia implica un campo estrecho y una débil práctica de sus capacidades.* Por supuesto, *la religión produce también una expansión de la mente.* Ahora bien, esta expansión no es sinónimo de enciclopedismo ilustrado, sino de “sabiduría”. *Los conocimientos en sí mismos, aunque necesarios para la amplitud mental, no son los que propiamente expansionan el entendimiento....Se trata de saber no sólo cosas, sino sus relaciones mutuas. Es un saber organizado, y por tanto, vivo.* Por esto mismo, la capacidad de recordar no equivale a sabiduría, como tampoco un diccionario es lo mismo que un tratado. Atiborrar la mente no es sabiduría. Hay quienes se sienten satisfechos con mucha erudición o información. *Pueden ser lingüistas, anticuarios, cronistas, biógrafos o naturalistas; pero sean cuales fueren sus méritos, que a menudo son muy grandes, no tienen derecho a que se les considere verdaderos sabios o filósofos.*

El lugar decisivo y central de estos sermones lo ocupa la **cuestión de la Verdad**, que es el objeto propio de la razón y de la fe, de toda ciencia, de la auténtica sabiduría. Y Newman plantea la pregunta esencial: cómo se trasmite la Verdad, asunto que incumbe evidentemente a la educación en general, a la Universidad en particular, y por cierto a la Iglesia universal. La respuesta la da en el mismo título del quinto sermón, y enuncia el gran principio que reguló su misma vida sacerdotal y docente: *La influencia personal, medio de propagar la verdad.*⁸ Dice allí:

La Verdad se ha aceptado en el mundo no por su carácter de sistema, ni por los libros, ni por la argumentación, ni por el poder temporal que la apoyaba, sino por la influencia personal de quienes testificaron, siendo a la vez maestros y modelos de la misma...Nos será difícil valorar debidamente la fuerza moral que puede adquirir dentro de su círculo, al cabo de los años, un solo individuo ejercitado en la práctica de lo que enseña. Y concluye: Estas consideraciones nos llevan a sentirnos conformes con la suerte más humilde y más oscura; pues nos muestran que en ella podemos ser instrumentos de un bien muy grande; y no sólo eso, sino que casi en ninguna situación se puede ser instrumento directo de bien para nadie, fuera de los que personalmente nos conocen, los cuales no pasan nunca de un círculo reducido. Y por lo que se refiere al bien indirecto que es posible hacer desde un puesto más elevado, tampoco se nos cierra absolutamente esta posibilidad desde una responsabilidad inferior dentro de la Iglesia. Más aún, ha sucedido repetidas veces que quienes habían ocupado puestos relativamente marginales han ejercido un influjo amplísimo sobre los destinos de la religión en los tiempos que les siguieron; tal como en las artes y ocupaciones de este mundo, los grandes benefactores de la humanidad son frecuentemente ignorados. Este “personalismo” lo funda en Jesucristo, a quien llama en el sermón *Maestro de la Verdad*, siendo la Verdad misma en Persona. La Verdad no es algo sino Alguien. Y este es, también, el “realismo” de Newman, que, en lucha contra el racionalismo, insistía en lo “real” y en asentir a la Verdad de modo “real” y no sólo “nocional”. Fue este personalismo realista que lo guió como fellow y tutor en el Oriel College, oficio que consideraba no sólo académico sino *espiritual y pastoral*. Cultivó la amistad con los alumnos. Un alumno lo describió más tarde como “un hermano mayor afectuoso”.⁹

Un último aspecto que hace a la educación lo encontramos en siete cartas que dirigió al editor del *Times* de Londres en 1841, contra los postulados que el primer ministro Robert Peel había

formulado en un discurso, al inaugurar una biblioteca en Tamworth. Newman criticó, incluso con ironía, el utilitarismo práctico que hacía de la ciencia de lo útil la madre de la virtud, defendió la religión como parte del bien común temporal de la sociedad y como instrumento de educación, denunció con energía que Peel convertía lo cultural en sucedáneo de lo religioso, y negó que la ciencia profana sea siempre principio de progreso moral, porque el hombre no se hace necesariamente mejor por ser más culto, advirtiendo que tener conciencia del deber no equivale a realizarlo. Dice: *Si la virtud es dominio sobre la mente, si su fin es la acción, si su perfección es orden íntimo, armonía y paz, hemos de buscarla en lugares más serios y santos que una biblioteca o una sala de lectura*¹⁰. Newman se opuso tenazmente al racionalismo cientificista y al liberalismo religioso, que hoy llamamos relativismo, y esa oposición continuó luego de su conversión en 1845.

II

Vayamos ahora a su vida católica. Vuelto de Roma, donde recibió la ordenación sacerdotal, y habiendo fundado el Oratorio de San Felipe Neri en Birmingham, dio en esa ciudad, en 1850, un ciclo de conferencias sobre la *Posición actual de los católicos en Inglaterra*, y dijo al laicado inglés: *Vuestra fuerza radica en Dios y en vuestra conciencia ; por consiguiente, no está en vuestro número...como tampoco en la intriga, los cálculos o la sabiduría mundana...Lo que echo de menos en los católicos es el don de sacar a la luz lo que es su religión...Quiero un laicado no arrogante, no precipitado en el hablar, no aficionado a las discusiones, sino hombres que conozcan su religión, que penetren en ella, que sepan el terreno que pisan, que sepan lo que sostienen y lo que no, que conozcan tan bien su credo que puedan dar razón de él, que sepan bastante historia para poder defenderlo. Quiero un laicado inteligente y bien instruido...Deseo que ampliéis vuestros conocimientos, que cultivéis vuestra*

*razón, que adquiráis perspicacia en las relaciones entre verdad y verdad, que aprendáis a ver las cosas como son, que comprendáis cómo la fe y la razón se compaginan entre sí, cuáles son las bases y principios del catolicismo...En todos los tiempos los laicos han dado la medida del espíritu católico: hace tres siglos salvaron a la Iglesia en Irlanda y traicionaron a la Iglesia en Inglaterra*¹¹. Hoy todo esto suena obvio, pero no lo era entonces. Newman fue un precursor en señalar el papel del laico en la vida de la Iglesia.

Al año siguiente de estas conferencias, le llamaron desde Irlanda. En 1845 el Parlamento inglés estableció allí centros universitarios, llamados “Colegios de la Reina”, no confesionales, es decir, no había ninguna instrucción religiosa, ni se tomaba en cuenta la creencia religiosa para los nombramientos docentes y demás autoridades. Esto era una novedad completa, que mostraba hasta donde llegaba el espíritu de aquel liberalismo religioso. Los obispos de Irlanda consideraron estos Colleges peligrosos para la fe y la moral del alumno católico, y Roma decidió la creación de una Universidad Católica según el modelo de Lovaina, renovada con éxito desde 1830. Entonces, en 1851, seis años después de su conversión, Newman recibió una carta de Paul Cullen, arzobispo de Armagh y primado de Irlanda, pidiéndole consejo para fundar la Universidad. Newman aceptó y fue nombrado Rector. Hizo 15 nombramientos docentes, de los cuales 7 eran ingleses, de Oxford y Cambridge, la mayoría laicos. Inauguró cuatro facultades: artes, medicina, derecho y teología. Los estudiantes residirían en grupos de 20, con un Dean y 2 o 3 tutores jóvenes. Pero todo fueron problemas. Los obispos estaban divididos acerca del proyecto, y desconfiaban de los docentes laicos. Nunca hubo alumnos suficientes, ni llegaron ingleses y norteamericanos, como era el plan. El Estado no concedió el reconocimiento oficial. Cuando Newman vio que todo iba a ser un asunto irlandés y clerical renunció en 1858. La Universidad sobrevivió hasta 1882. Las razones de este “fracaso” fueron varias, en-

tre ellas que Newman era inglés. Pero el “éxito” estuvo en su legado, que influyó en el mundo universitario, incluso el no católico.

Se trata, en primer lugar, de los discursos que pronunció en 1852, publicados como *Discursos sobre el fin y la naturaleza de la Educación Universitaria*,¹² y luego como *Idea de una Universidad*.¹³ Los continuó revisando hasta la edición de 1889, un año antes de morir. El P. Morales, autor de la única traducción española,¹⁴ los califica de hazaña intelectual. Recorramos sus ideas más importantes.

En el primero de ellos Newman justifica su pretensión de hablar: *Las opiniones a las que voy a referirme se han desarrollado en mi sistema global de pensamiento y son parte de mí mismo. Mi mente ha sufrido muchos cambios, pero en estos temas no ha conocido ni variación ni oscilación en sus opiniones. Y afirma que estos principios no proceden sin más de la teología, no implican discernimiento sobrenatural alguno, ni guardan una conexión especial con la Revelación. Derivan casi de la misma naturaleza de las cosas, se hallan recomendados incluso por la prudencia y la sabiduría humanas, aún en ausencia de una iluminación divina; y son reconocidos por el sentido común... por la circunstancia misma de que la filosofía de la educación se apoya en verdades de orden natural... Me limitaré a tratar la cuestión simplemente en base a la razón humana y a la humana sabiduría.*

El segundo discurso da el acorde inicial: *Una Universidad hace profesión, por su mismo nombre, de enseñar un saber universal*. Dicho esto, y sin dilación, Newman justifica el lugar de la Teología, pues es *ciertamente una rama de ese saber... El propio nombre de Universidad es incompatible con restricciones de cualquier tipo*. Y continúa: *Todo esto supone, desde luego, asumir que la Teología es una ciencia, y una ciencia importante*. Pero entonces quien la excluye debe sostener que, o poco y nada es conocido acerca del Ser Supremo, o que su centro del saber se llama lo que no es. La conclusión es lapidaria: *Reduciremos a fragmentos el círculo entero del*

saber profano, si comenzamos a mutilar el saber divino. Luego señala la separación de razón y fe como la causa de esta crisis: *El mundo religioso, como se le suele llamar hoy, mantiene en general que la religión consiste no en conocimiento sino en sentimiento o emociones... Y al predominar esta concepción de la Fe, se olvidó o negó más y más la conexión de la Fe con la Verdad y el Conocimiento... no tiene nada de objetivo, sino todo subjetivo... La religión se fundamenta en la costumbre, el prejuicio, la ley, la educación, el hábito, la lealtad, el feudalismo, el pragmatismo ilustrado, y en muchas cosas, pero de ningún modo en la razón. La razón no es ni su garantía ni su instrumento*. Lógicamente, así resulta irrazonable pedir una cátedra universitaria para la religión.

El tercer discurso continúa fundamentando esa pretensión: *La verdad es el objeto propio de cualquier conocimiento, que se refiere a hechos y a sus relaciones, y el campo es toda la realidad: Todo lo que existe, tal como es contemplado por la mente humana, compone un amplio sistema o una compleja totalidad, que se resuelve en un número indefinido de hechos particulares*. Este universo real puede captarse por diversas vistas parciales o abstracciones, que son denominadas *ciencias*. Tienen cada una un carácter incompleto y por eso se necesitan mutuamente y se ayudan unas a otras. No puede omitirse ninguna, y tampoco la Teología. A lo cual, el cuarto discurso añade esta lúcida observación: *Si elimináis una ciencia del círculo del conocimiento, no podéis conservar vacío su puesto... Suponiendo que no se enseñe teología, su dominio no será tan sólo descuidado, sino que en realidad será usurpado por las demás ciencias, las cuales enseñarán, sin la debida garantía, conclusiones propias en una materia que requiere principios metodológicos peculiares para su debida organización y disposición*. No es solamente perder la teología. *Supone también la perversión de otras ciencias. Lo que la teología pierde injustamente, otras injustamente lo arrebatan*. También aparece el peligro de que una ciencia, por

amplio que sea su objeto, pretenda erigirse en el único exponente de todo lo que hay en el cielo y en la tierra, y aparezcan hombres de una idea... de una ciencia y de un solo punto de vista.

Después de tratar la relación de la teología con las demás ciencias en el marco del saber universal, el quinto discurso da el segundo gran acorde, al presentar la identidad de una “**educación liberal**”. *Se forma en ella un hábito de la mente que dura toda la vida, y cuyas características son libertad, sentido de la justicia, serenidad, moderación y sabiduría...en suma lo que me he atrevido a denominar hábito filosófico.* Pero, dice Newman, aparece la pregunta *¿qué se obtiene de esta filosofía?, ¿cuál es el fruto? ¿cuál es el fin de la educación universitaria y del saber liberal y filosófico que pienso debe impartir?.* Respondo que...*el saber es capaz de ser su propio fin...aunque no se emplee para otra cosa ni sirva a un fin directo. La palabra ‘liberal’ aplicada a la educación y al saber, expresa una idea específica, que siempre ha existido y siempre existirá mientras la naturaleza humana sea la que es.*

Hay, por tanto, **dos métodos de educación, uno filosófico, el otro técnico**, uno se eleva hacia ideas universales, el otro se agota en lo particular y externo...Pero, Newman repite, *Existe un saber, digno de ser poseído por lo que es, y no simplemente por lo que hace.* Y esto se aplica a otro orden de resultados: *El saber es una cosa y la virtud es otra. El buen sentido no es la conciencia, los buenos modos no son la humildad, ni la amplitud y acierto de ideas equivale a la fe. La filosofía, por ilustrada y profunda que sea, no proporciona dominio sobre las pasiones. La educación liberal no hace al cristiano ni al católico, sino al caballero. Combatir contra esos gigantes que son las pasiones y el orgullo del hombre con instrumentos tan finos y delicados como la razón y el saber humanos, es como querer extraer de la cantera bloques de granito con hojas de afeitar, o amarrar el barco con un hilo de sea.* En síntesis, Newman nos dice que la educación liberal solo perfecciona el intelecto, y que el fin de la Universidad no es directamen-

te técnico ni moral, sino **la cultura intelectual**. *Educa el intelecto para que razone bien en todos los temas, para que tienda hacia la verdad, y la asimile.*

Esta definición se despliega en los tres discursos siguientes, que relacionan la cultura intelectual con el **mero conocimiento**, con la formación profesional y útil, y con la religión. En cuanto a lo primero, *el fin de la educación liberal no es el mero saber, o el saber considerado en sus contenidos, sino la expansión del intelecto. Es un saber no sólo considerado como una adquisición cuantitativa, sino como filosofía....Sólo es expansión de la mente la capacidad de ver muchas cosas a la vez como una totalidad...Debéis estar por encima de vuestros conocimientos, no bajo ellos. De otro modo os oprimirán...El error práctico ha consistido en obligar al alumno a asimilar tanto que ha terminado por rechazar todo.*

En cuanto a la **formación profesional y útil**, *cultivar el intelecto significa hacerlo apto para aprehender y contemplar la verdad...Pero hay quienes insisten en que la educación debe limitarse a algún fin particular y concreto.. Argumentan que existe el derecho a esperar un gran resultado...y su término clave es ‘utilidad’.* La respuesta es que *una educación liberal es verdadera y plenamente útil, aunque no sea profesional...Aunque lo útil no siempre es bueno, lo bueno siempre es útil...El desarrollo general de la mente es la mejor ayuda al estudio profesional y científico...La persona que ha aprendido a pensar y razonar, a comparar, distinguir y analizar, que ha refinado su gusto, formado su juicio, y enriquecido su visión mental, no se convertirá inmediatamente en un abogado, o un orador, o un estadista, un médico, un buen terrateniente, un hombre de negocios, un soldado, un ingeniero, un químico, un geólogo, un historiador, pero alcanzará una situación intelectual que le permita desempeñar alguna de esas ciencias o profesiones...No afirmo que la Universidad no deba enseñar derecho o medicina. Enseña todo saber enseñando todas las ramas del saber y*

sólo así...pero un profesor de derecho o de medicina en una Universidad sabrá donde están situados tanto él como su ciencia...y tratará su campo con una filosofía y unos recursos que no pertenecen al propio estudio, sino a su formación liberal. Newman agrega esta observación: *el carácter profesional no es el único que un hombre ocupado en una profesión debe desarrollar. No siempre está de servicio*".

En tercer lugar, *esta cultura intelectual, tan alta en sí misma, no sólo tiene que ver con los deberes sociales y prácticos de la persona, sino también con la religión*. Newman distingue un aspecto positivo y uno negativo. *El saber, la disciplina por la que se adquiere, poseen una tendencia natural a refinar la mente y a darle un disgusto y un horror hacia los excesos del mal...impropios de un caballero*. Por ejemplo, produce un simple odio hacia ese tono vulgar de conversación, muy generalizado en la sociedad. Pero la vida intelectual es sólo una rémora, no es capaz de cambiar el corazón. Más aún, existe el peligro de que este desarrollo intelectual pueda representar desde el principio la simple sustitución de la sensualidad por el orgullo..Este es el pecado normal del intelecto. A este intelectualismo sin Dios lo llama religión del filósofo y del caballero....Bajo este entrenamiento, la soberbia recibe un nuevo nombre: autorrespeto...La civilización antigua no tenía la idea ni la palabra para expresar la humildad...En síntesis, el mundo se contenta con adecentar la superficie de las cosas, mientras que la Iglesia apunta a regenerar las profundidades mismas del corazón. Newman describe los rasgos del caballero, que se ven en hombres santos y en incrédulos. Por ejemplo: *San Basilio y Juliano el Apóstata fueron compañeros en las escuelas de Atenas, y uno llegó a ser santo y doctor de la Iglesia, mientras que el segundo se convirtió en su implacable enemigo*.

El último discurso considera los deberes de la Iglesia hacia el saber, *las características de una Universidad que se dice católica*. Dice Newman: *El simple hecho de tener abundantes cátedras*

teológicas no basta por sí mismo para hacer una Universidad católica, porque la teología se incluiría entonces dentro de sus enseñanzas sólo como una rama del saber entre muchas. Hay dos heridas que puede sufrir la Revelación a manos de los maestros de la razón humana: la primera, pasar por alto en absoluto la Verdad teológica, alegando que no deben aceptarse diferencias de opinión religiosa, y la segunda, más sutil, reconocer el catolicismo, pero adulterando su espíritu. *Como una Universidad no hace honor a su nombre y función sin reconocer la Verdad revelada, allí ha de estar la Iglesia para asegurarla*. Por otro lado, *la Iglesia no teme el saber, y todo lo purifica...El principio de la Iglesia es siempre uno y el mismo: no prohibir verdad de ninguna clase*. El mal ha de ser vencido por medio de la gran fascinación contraria que surge de la pureza y de la Verdad. Newman les dice a los obispos de Irlanda: *No educamos a los jóvenes sino con el fin de prepararlos para el mundo, que es una preparación para el que viene*. Si la Universidad es una preparación directa para este mundo, ha de ser lo que afirma. *No es un convento ni un seminario, sino un lugar para hacer hombres del mundo para el mundo. No podemos impedir que entren en el mundo, con todos los caminos, principios y máximas de éste, cuando el tiempo les llegue, pero podemos prepararles para lo inevitable, y el modo de aprender a nadar en aguas turbulentas supone haber entrado de algún modo en ellas*.

Además de estos Discursos, Newman publicó en 1858 *Conferencias y ensayos sobre cuestiones universitarias*,¹⁵ que unió desde 1873 a los Discursos, como segunda parte de la *Idea de una Universidad*.¹⁶ Son tres escritos sobre Literatura, tres sobre métodos de enseñanza y aprendizaje, y cuatro sobre cristianismo y ciencia. En uno de ellos nos habla del *intelecto imperial*, que sólo la Universidad puede formar, ya que logra poner bajo el mismo yugo, al modo de la vieja Roma, cien pueblos discordantes; mantener cada uno de ellos en sus propios privilegios dentro de su legítimo nivel de acción; permitir sen-

*timientos nacionales y el estímulo de intereses rivales, y aún así, unirlos en un gran conjunto social...Lo que un imperio es en historia política es una Universidad en la esfera de la filosofía y la investigación.*¹⁷

En todos estos escritos hallamos el eco de aquel gran principio de su época anglicana: la *influencia personal*. Dice ahora: *Una Universidad es un Alma Mater que conoce a sus hijos uno a uno. No es un asilo, ni una casa de la moneda, ni una fábrica*¹⁸. Y lo expresa de modo más vívido en una serie de artículos que escribió para la *Gazeta de la Universidad Católica*, publicados luego como *Aparición y progreso de las Universidades*, el tercer volumen de sus *Bocetos históricos*.¹⁹ Allí presenta la realización del tipo ideal de *Universitas*, desde la Grecia antigua hasta los tiempos modernos. Al llegar a las Universidades medievales de Oxford y Cambridge, aparecen los Colleges, y la tradicional división de clases magistrales en la Universidad y tutoriales en el College, la comunicación del conocimiento por del profesor de la Universidad y la formación del carácter por el tutor del College, influencia personal y disciplina de vida. Newman estaba convencido de que gran parte de la educación que recibía un estudiante derivaba de la tradición del lugar de enseñanza, el *genius loci*, una suerte de autoeducación, una “atmósfera ética” sumada a la “enseñanza real”.²⁰ En esto, la Universidad era complementada con el College, un segundo hogar, donde aparecía la figura del “tutor”, para ejercer esa *influencia personal que es de la más alta importancia en la formación y el talante del carácter*.²¹ Newman veía en el tutor esa *unión de influencia intelectual y moral, que el mal de la época ha separado. Una Universidad Católica no remediará este mal si sólo aspira a una enseñanza profesoral y no a una personal. Donde esté la educación personal allí estará la influencia real*.²² Dice que la Universidad es un período de entrenamiento, diseñado para introducir y lanzar al joven en el mundo. Es una madre bondadosa, un Alma Mater, que inspira afecto mientras susurra la verdad. Insiste en el prin-

cipio: *Un sistema académico sin la influencia personal sobre los alumnos es un invierno ártico*.²³ Más aún, lo personal tiene precedencia sobre todo lo demás. *Siendo la influencia y la ley los dos grandes principios de gobierno, es claro que, históricamente hablando, la influencia viene primero y luego la ley. Tal es la historia de la sociedad: comienza con el poeta y termina en la política. Las Universidades son instancias que siguen el mismo curso: comienzan con la influencia y terminan en el sistema...Sus profesores han sido una suerte de predicadores y misioneros. Pero, la influencia no dura para siempre...El sistema necesita ser sobreañadido a la acción individual...Primero lo griego, luego lo macedonio y romano*.²⁴ Pero la relación personal era la base del sistema en esa escuela de aprendizaje universal, designada antiguamente como “*Studium Generale*”, una *convergencia de extraños de todas partes en un lugar para la comunicación y circulación del pensamiento*²⁵. Newman reconoce que los libros son hasta hoy un instrumento especial, pero que el método antiguo era la instrucción oral, la comunicación entre persona y persona, la existencia de ‘maestros’ y su influencia personal en la iniciación del discípulo. Esto produjo centros de peregrinación y multitudes que buscaban sabiduría.

Es verdad que la historia muestra también la influencia personal de los patrocinadores, como fue en la antigüedad el caso de Alejandro Magno y en el Imperio Franco el de Carlomagno. Pero, aún así, *La Universidad creó los patrocinadores y no fue creada por ellos...los profesores venían de lejos, y no dependían de reyes y grandes hombres para su sostenimiento, sino del entusiasmo que creaban*. Por eso nos dice que: *debemos consultar al hombre vivo y escuchar su viva voz. Los principios generales de cualquier estudio pueden aprenderlos por libros en casa, pero el detalle, el color, el tono, el aire, la vida que los hacen vivir en nosotros, todo esto lo deben tomar de aquellos en quienes ya están vivos*.²⁶ Así, el estilo de un *gentlemen* no se aprende en libros sino en la alta sociedad, en las metrópolis, en la corte,

en centros educativos y de refinamiento del gusto. Lo mismo ocurre con el político, el hombre de estado, que se forma con la experiencia de públicos debates y conversaciones privadas que no se publican, en el ámbito del Parlamento. E igualmente se puede decir del hombre de ciencia que adquiere sabiduría en el mundo de la ciencia, en contacto con otros científicos, experimentando cierta comunicación vívida de conocimiento. La Universidad es un ámbito análogo. Y por todo esto, Newman concluye: *la oferta debe estar antes que la demanda*.²⁷

Newman predicó en la iglesia de la Universidad ocho sermones, que luego publicó en un volumen²⁸. En el primero de ellos resume así lo que trataba de hacer: *reunir cosas que en un principio habían sido unidas por Dios, y se han visto luego separadas por el hombre...Yo querría que el intelecto dispusiera de la más amplia libertad y que la religión gozara de una libertad semejante; y querría establecer que ambas, cultura y religión, se encuentren en las mismas personas. Deseo que los mismos lugares y los mismos individuos sean al mismo tiempo oráculos de filosofía y santuarios de devoción. Deseo que el laico*

intelectual sea verdadero y devoto creyente, y que el hombre devoto sea culto y pueda dar razón de su fe.²⁹

La personalidad de John Henry Newman, y su ideario de Universidad, nos presenta una armonía inusual para aquella época, y ejemplar para la nuestra, entre fe y razón, entre teología y ciencias, entre Evangelio y cultura, entre la Iglesia y el mundo. Ilumina con su gran principio de la influencia personal, que casi como un testamento lo expresó en el lema de su escudo cardenalicio: *cor ad cor loquitur* (el corazón habla al corazón). También el epitafio que escribió para su tumba: *ex umbris et imaginibus in veritatem* (de las sombras y la imágenes a la verdad), nos dejó la mejor definición de su itinerario personal. Será por tantas y tales razones que en la encíclica *Fides et Ratio* el papa Juan Pablo II no dejó de incluir Newman entre los maestros notables de nuestro tiempo,³⁰ y por muchas más razones que el papa Benedicto XVI lo ha beatificado, y dijo esas palabras con las que comencé esta exposición. Por todo ello, esperamos también que después de canonizarlo lo declare, como lo ha dado a entender en alguna oportunidad, Doctor de la Iglesia.●—

NOTAS

- 1 Sigo la traducción castellana de Aureli Boix, Ed. Encuentro, Madrid, 1993.
- 2 *El talante científico, inculcado primero por el Evangelio*, OUS I, pp.55-68.
- 3 *Excesos de la razón*, OUS IV, pp.105-128.
- 4 *La naturaleza de la fe en relación a la razón* OUS XI, pp.253-272.
- 5 *Fe, teología y apologética*, OUS XIII, pp. 301-330.
- 6 OUS XV, pp. 365-403.
- 7 *La sabiduría, contrapuesta a la fe y al fanatismo*, OUS XIV, pp. 331-364.
- 8 OUS V, pp.129-152.
- 9 T. Mozley, *Reminiscences: chiefly of Oriel College and the Oxford Movement*, vol I, p. 181, Londres, 1882.
- 10 DA, 268.
- 11 Pr.Pos., 388-391.
- 12 *Discourses on the Scope and Nature of University Education*, 1852. Revisados en 1859.
- 13 *The Idea of a University Defined and Illustrated*, 1873. Edición revisada en 1889.

- 14 *Discursos sobre el fin y la naturaleza de la educación universitaria*, trad. J.Morales, EUNSA,1996.
- 15 *Lectures and Essays on University Subjects*, 1858.
- 16 *The Idea of a University Defined and Illustrated. I. In Nine Discourses delivered to the Catholics of Dublin . II. In Occasional Lectures and Essays addressed to Members of the Catholic University*.1873.
- 17 *Cristianismo e investigación científica* Idea 458-59.
- 18 Idea 144-145.
- 19 *Historical Sketches III, Rise and Progress of Universities*, 1872.
- 20 Idea 140-47.
- 21 Idem 84-85.
- 22 *My Campaign*, p.117,120.
- 23 HS III, 74.
- 24 Íd, p.77-78.
- 25 *Historical Sketches*, vol III, p.6.
- 26 íd, p.8-9.
- 27 Íd, 167 ss.
- 28 *Sermones predicados en distintas ocasiones*, 1858.
- 29 *Var Occ*, p.13.
- 30 *Fides et Ratio* n° 74.

Antología de textos para la Navidad

En el Nuevo Testamento encontramos verdaderamente la doctrina de la Encarnación, anunciada claramente, pero con brevedad reverente. “El Verbo se hizo carne”. “Dios fue manifestado en carne” (1 Tim 3,16). “Nos ha nacido un niño, Dios poderoso” (Is 9, 5). “Cristo según la carne, el cual está por encima de todas las cosas, bendito por los siglos” (Rom 9,5) . “Señor mío, Dios mío” (Jn 20 .28) . “Yo soy el alfa y la omega, el principio y el fin, el Todo-poderoso” (Ap 1,8). “El Hijo de Dios, resplandor de Su gloria e impronta de su substancia” (Heb 1, 2-3).

El Verbo era desde el principio el Unigénito Hijo de Dios. Antes que los mundos fueran creados, cuando aun no había tiempo, Él existía en el seno del Eterno Padre, Dios de Dios, y Luz de Luz, supremamente bendito en conocer y ser conocido por Él, y recibiendo todas las perfecciones divinas de Él, aunque siendo Uno con Él...Y para nosotros los cristianos, Él es especialmente el Verbo en ese gran misterio conmemorado hoy, por el cual se hizo carne y nos redimió del estado de pecado...Es así que el Hijo de Dios llegó a ser el Hijo del hombre; mortal, pero, no pecador; heredero de nuestras enfermedades, pero no de nuestras culpas; el vástago de la vieja raza, pero ‘el comienzo’ de la nueva “creación de Dios”...De esta manera, Él entró en este mundo, no en la nubes del cielo, sino naciendo en él, y de una mujer. Él, el Hijo de María, y ella, puede decirse, la Madre de Dios...Él era verdaderamente Dios y Hombre, una Persona...

Grande es Nuestro Señor y grande Su poder, Jesús el Hijo de Dios y el Hijo del Hombre. Diez mil veces más deslumbrante en su brillo que el más encumbrado Arcángel, es Nuestro Señor y Cristo. Por nacimiento el Unigénito e imagen expresa de Dios, que al tomar nuestra carne por ello la naturaleza humana no quedó manchada sino elevada con Él, como Él se elevó del humilde pesebre a la derecha del Poder. (PPS II,3; Navidad, 1834)

Su condescendencia al bajar del cielo, al dejar la gloria de Su Padre y asumir la carne, está tanto más allá del poder de las palabras y del pensamiento que uno debería considerar a primera vista que importa poco si vino como un príncipe o como un mendigo. Pero, después de todo, es mucho más maravilloso que haya venido en un estado de abajamiento por esta razón: porque se podría haber pensado de antemano que aunque condescendía a venir a la tierra no se iba a someter a ser pasado por alto y despreciado. Los ricos no son despreciados por el mundo, y los pobres sí. Si hubiera venido como un gran príncipe o noble, el mundo, sin saber nada que era Dios, le habría mirado y honrado al menos por ser un príncipe. Pero al venir en un estado de abajamiento cargó sobre Sí una humillación adicional: el desprecio, ser despreciado, desdénado, pasado por alto rudamente, profanado por Sus creaturas brutalmente.

¿Cuáles fueron las verdaderas circunstancias de Su venida? Su Madre es una mujer pobre, que llega a Belén para ser censada, viajando, cuando su deseo hubiera sido quedarse en

su casa. No encuentra lugar en la posada, y es obligada a ubicarse en un establo. Da a luz su primogénito y lo acuesta en un pesebre. Ese niño pequeño, así nacido, así ubicado, no es otro que el Creador de cielos y tierra, el Hijo Eterno de Dios. (PPS IV,16. Navidad, 1837)

Cuando Nuestro Señor vino a la tierra en nuestra naturaleza, combinó juntos oficios y obligaciones de los más disímiles. Sufrió y sin embargo triunfó. Pensó y habló, pero actuó. Fue humillado y despreciado pero fue un maestro. Tuvo al mismo tiempo una vida dura como las de los pastores, y sin embargo sabia y regia como las de los magos orientales que vinieron a honrar Su nacimiento.

Cristo vino a hacer un nuevo mundo. Entró en este mundo para regenerarlo en Él, para hacer un nuevo comienzo, para ser el principio de la creación de Dios, para reunir todas las cosas y recapitular todo en Él. Los rayos de Su gloria fueron esparcidos por el mundo ; un estado de vida recibieron algunos, otros otros. El mundo era como un espejo bello, roto en pedazos, que no muestra ninguna imagen uniforme de su Creador. Pero Él vino a combinar lo que estaba disipado, a reunir en Él lo que estaba destrozado. Dio principio a toda excelencia y de Su plenitud todos hemos recibido. Cuando vino, un Niño nació, un Hijo nos fue dado, y era Hermoso, Consejero, Dios Todopoderoso, Eterno Padre, Príncipe de la Paz. Los ángeles anunciaron un Salvador, un Cristo, un Señor, pero además, “nació en Belén”, y fue “puesto en un pesebre”. Sabios orientales le trajeron oro porque era Rey, incienso porque era Dios, pero por otro lado también mirra, como señal de la muerte y sepultura que vendrían. (SSD,V. Navidad, 1840)

Consideraré la Encarnación la verdad central del Evangelio...La doctrina de la Encarnación es el anuncio de un regalo divino transmitido en un medio material visible, el cielo y la tierra en la Encarnación están unidos. (Dev, 1845)

Verdaderamente, hasta que no contemplemos a nuestro Señor y Salvador, Dios y hombre, como un ser realmente existente, externo a nuestras mentes, tan completo y entero en Su personalidad como mostramos ser nosotros mismos unos a otros, tan uno y el mismo en todos Sus variados y contrarios atributos, “el mismo ayer, hoy y siempre”, estaremos usando palabras que no aprovechan. Será así hasta que no hagamos real ese Objeto de fe, que no es un mero nombre al que se le asignan títulos y propiedades sin congruencia y significado, sino que tiene una existencia personal y una identidad distinta de cualquier otra cosa. ¿En qué sentido real le ‘conocemos’, si nuestra idea de El no recoge e incorpora los múltiples atributos y oficios que le adjudicamos ? ¿Qué ganamos con palabras, aún correctas y abundantes, si terminan en ellas mismas, en vez de iluminar la imagen del Hijo Encarnado en nuestros corazones ? (PPS III,12, 1835)

Tú has amado al hombre más que a los ángeles: y por eso, como no tomaste una naturaleza angélica cuando te manifestaste por nuestra salvación, así también no llegaste de

ninguna forma o capacidad u oficio que estuviera por encima del curso ordinario de la vida humana, no como un nazir, ni como un sacerdote levita, ni como un monje o eremita, sino en la plenitud y exactitud de esa naturaleza humana que tanto amas. Llegaste a ser no solo un hombre perfecto sino un hombre verdadero, no formado de nuevo de la tierra, no con el cuerpo espiritual que ahora tienes, sino en esa misma carne que había caído en Adán, y con todas nuestras debilidades, todos nuestros sentimientos y simpatías, sin excepción. (MD, p.492)

El nombre especial por el que nuestro Señor era conocido antes de Su venida era el de Mesías, o Cristo. Así fue conocido por los judíos. Pero cuando se manifestó realmente en la Tierra, fue conocido por tres títulos nuevos, Hijo de Dios, Hijo del Hombre y Salvador. El primero expresa Su divina naturaleza, el segundo Su humanidad y el tercero Su oficio personal. Por eso el Ángel que se apareció a María le llamó Hijo de Dios, el Ángel que se apareció a José le llamó Jesús, que significa Salvador, y también le llamaron Salvador los ángeles que se aparecieron a los pastores. Pero Él se llamó a Sí mismo especialmente Hijo del Hombre....No sólo los Ángeles le llamaron Salvador sino los dos Apóstoles más grandes, San Pedro y San Pablo, en sus primeras predicaciones. San Pedro dice que es “Jefe y Salvador” y San Pablo “un Salvador, Jesús”. Y tanto los Ángeles como los Apóstoles nos dicen que es llamado así porque nos ha rescatado del poder del espíritu maligno y de la culpa y la miseria de nuestros pecados. Por eso el Ángel dice a José, “le pondrás por nombre Jesús, porque Él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mt 1,21). Y San Pedro dice “Dios lo ha exaltado como Jefe y Salvador, para conceder a Israel la conversión y el perdón de los pecados” (Hechos 5,31). Y Él mismo dice “El Hijo del Hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido” (Lc 19,10). (MD, p.74-76)

Los cristianos estaban acostumbrados desde el principio a llamar “Madre de Dios” a la Bienaventurada Virgen, porque veían que era imposible negarle este título sin negar las palabras de San Juan: “El Verbo (es decir, Dios Hijo) se hizo carne” (Jn 1,14)....Pero esto nos lleva a una consideración más amplia del tema. ¿Es este título dado a María más maravilloso que la doctrina de que Dios se ha hecho hombre sin cesar de ser Dios? ¿Es un misterio mayor que María sea Madre de Dios al de Dios hecho hombre? Aunque ésta última es, como ya he dicho, la verdad fundamental de la Revelación, atestiguada por profetas, evangelistas y apóstoles a lo largo de toda la Escritura, qué puede ser más consolador y gozoso que las maravillosas promesas que se siguen de la verdad que afirma que María es Madre de Dios, esto es, el prodigio de que vengamos a ser hermanos de nuestro Dios, que si vivimos bien y morimos en gracia de Dios todos seremos elevados para siempre por nuestro Dios encarnado al lugar donde habitan los ángeles, que nuestros cuerpos serán levantados del polvo y llevados al Cielo, que seremos unidos realmente a Dios y partícipes de la naturaleza divina, que cada uno de nosotros será introducido en cuerpo y alma en el abismo de gloria que rodea al Todopoderoso, que le veremos y compartiremos Su bienaventuranza, de acuerdo al texto, “Todo el que cumpla la voluntad de mi Padre celestial, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre” (Mt 12,50). (MD, 56-58).●—

San Agustín nos dice que no hay doctrina falsa que no tenga mezclado algo de verdad... La fe católica, contiene en sí misma y reclama como propia toda la verdad que se pueda encontrar en cualquier parte, y, más importante aún, sólo la verdad. Esta es la influencia secreta con que la Iglesia se atrae a sí conversos de tan variadas religiones opuestas entre sí. Vienen, no a perder lo que tienen, sino a ganar lo que no tienen y, a fin de que mediante lo que tienen, puedan recibir mucho más.

(Gramática del asentimiento, 249)

ISSN 977-032758700-3



9 770327 587003

57